



Francisco Martínez de la Rosa

La conjuración de Venecia. Año de 1310

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco Martínez de la Rosa

La conjuración de Venecia. Año de 1310

Advertencia

De algunos años a esta parte, deseaba componer una obra dramática cuyo argumento fuese tomado de la historia de Venecia: la forma de gobierno de aquella república, la severidad de sus leyes, el rigor y el misterio de algunos de sus tribunales, me han parecido siempre muy propios para una composición de esta clase, capaces de despertar vivo interés y de acalorar fácilmente la fantasía. Al fin me determiné a poner manos a la obra; y ya resuelto a bosquejar una de las revoluciones de aquel estado, empecé por estudiar detenidamente su historia, valiéndome de la que escribió el conde Daru, profunda y completa, si bien sobrado difusa y prolija. Entre los grandes sucesos que presenta, me pareció preferible por varias razones la célebre conjuración acaecida en Venecia al comenzar el siglo decimocuarto: fue tal vez la más grave y la que más influjo tuvo en la suerte ulterior de aquella república; no abortó antes de tiempo, como la atribuida al marqués de Bedmar y otras; su malogro consolidó por siglos el poder de un corto número de familias; y desde aquella época puede decirse que empezó para Venecia una nueva era. La clase de personas que tramaron la conjuración, su misma importancia, los motivos que la excitaron, su fin pronto y sangriento, todo parecía brindarse a una composición dramática; tanto más, cuanto nunca se ha presentado este argumento en ningún teatro.

Da también la casualidad favorable de que no sólo han referido con alguna extensión este suceso los historiadores de Venecia, como Verdizzotti y otros, sino que existen unos documentos auténticos, sumamente preciosos, que dan de esta revolución una cabal idea. Tales son las cartas del mismo dux Gradénigo, escritas en aquellos días a los embajadores de la república y a los gobernadores de las provincias, dándoles cuenta de lo acaecido, en que él había tenido tanta parte; hallándose en la misma obra las sentencias de los reos y muchas circunstancias notables.

Mas no por eso se crea que he seguido escrupulosamente la pauta de la historia, aunque he procurado presentar aquel grave acontecimiento bajo su verdadero aspecto, dar una idea bastante exacta de los principios y máximas de aquel gobierno, y conservar en el traslado de costumbres y caracteres el sello peculiar del siglo y de la nación.

En cuanto a la fábula de este drama, me parece muy sencilla, y no sé yo si en el teatro bastará el interés que en mi concepto encierra, para lograr cumplidamente su objeto; lo que sí puedo decir desde ahora es que, al hacer este ensayo, me propuse dar a los sentimientos, al estilo y al lenguaje la mayor naturalidad. Caminando a tientas y sin guía, tampoco sé si me habré o no extraviado; pero en una carrera no conocida, hasta las caídas de los que van delante suelen ser de provecho a otros.

PERSONAJES

RUGIERO, casado de secreto con

LAURA, hija del senador

JUAN MOROSINI, hermano de

PEDRO MOROSINI, presidente 1º del Tribunal de los Diez.

PRESIDENTE 2º, del Tribunal de los Diez.

PRESIDENTE 3º, del Tribunal de los Diez.

SECRETARIO, del Tribunal de los Diez.

EL EMBAJADOR DE GÉNOVA.

SU SECRETARIO.

MARCOS QUERINI, cabezas de la conjuración.

BOEMUNDO THIÉPOLO, cabezas de la conjuración.

ANDRÉS DAURO, cabezas de la conjuración.

BADOER, cabezas de la conjuración.

JUAN MAFEI, cabezas de la conjuración.

COMANDANTE DE LA GUARDIA DEL DUX.

ESPÍA 1.º

ESPÍA 2.º

MATILDE, aya de Laura.

JULIÁN ROSSI, soldado de la bandera de Rugiero.

Un artesano.

Un marinero.

Una mujer del vulgo.

Su marido.

Peregrino anciano.

Peregrino mozo.

Conjurados.

Soldados.

Pueblo.

Jueces

Subalternos del Tribunal.

La escena en Venecia.

Acto primero

El teatro representa un salón del palacio del embajador de Génova: en el foro una galería estrecha que conduce a la calle; a los lados dos puertas que dan a las demás habitaciones de la casa. Es de noche.

Escena I

EMBAJADOR, SECRETARIO, escribiendo en un bufete

EMBAJADOR.- (Levantándose.) ¡Cuánto tarda la hora!... (Después de un breve intervalo, suena un reloj a lo lejos y da la una.) Ya da. (Preséntase, saliendo por una de las puertas laterales, un hombre enmascarado.) Colócate a la entrada de esa galería; y si alguno penetrare hasta aquí, sin dar el nombre y sin mostrar la contraseña... déjale muerto a tus pies.

(El MÁSCARA se sitúa en su puesto.)

EMBAJADOR. - (Al SECRETARIO.) Aún podemos aprovechar unos instantes, mientras se reúnen los nobles Venecianos; tal vez haya tiempo de concluir ese despacho para Génova.

SECRETARIO. - Ved, señor, que es posible que al entrar oigan lo que dictáis...

EMBAJADOR. - (Con frialdad.) Bien está.

(El EMBAJADOR se dispone a dictar, paseándose por la escena; empiezan a llegar sucesivamente varios conjurados, todos con máscara; y al entrar, dicen una palabra al oído a la persona colocada en la galería y le muestran una medalla; después se van distribuyendo por la sala.)

SECRETARIO. - Así concluía el último periodo: (lee) «Ellos mismos, de propia autoridad, han cerrado la entrada del Gran Consejo a los demás nobles; y prohibiendo las elecciones futuras, han vinculado exclusivamente en sus familias el privilegio de tiranizar a su patria.»

EMBAJADOR. - (Dictando.) «Usurpación tan escandalosa ha encendido en los ánimos una indignación general: no sólo varios nobles, despojados injustamente del derecho de ser elegidos, sino aun algunos de los más ilustres, que por casualidad se hallaban a la sazón en el Gran Consejo, han resuelto echar por tierra la obra de iniquidad, y restablecer cuanto antes las antiguas leyes.»

SECRETARIO. - (Repite.) «Las antiguas leyes.»

EMBAJADOR. - «Todo se halla dispuesto para esta reparación solemne; reunidos los medios, prontos los ejecutores, próximo ya el día... Y como enviado de una república amiga, que acaba de dar el ejemplo de poner coto a la ambición de algunos nobles, he creído deber contribuir al logro de una empresa, justa en su principio, de éxito seguro y de consecuencias ventajosas a entrambas naciones».

Escena II

EMBAJADOR, SECRETARIO, MARCOS QUERINI, JACOBO QUERINI, THIÉPOLO, BADOER, MAFEI, DAURO, otros tres conjurados.

EMBAJADOR. - (Echando una mirada por la sala.) Ya me parece que han llegado todos... (Al SECRETARIO.) Copiad ahora en cifra lo que contiene este escrito, en tanto que celebramos nuestra junta.

(El EMBAJADOR se dirige hacia los conjurados y va dando la mano a cada uno de ellos sucesivamente.)

SECRETARIO. - (Leyendo para sí el papel) «Apuntad los nombres de todos los concurrentes; y sin hacer ni el más leve ademán de atender a lo que aquí pase, escribid la sustancia de los razonamientos y apuntad fielmente cuanto notéis.»

EMBAJADOR. - ¿Todos amigos?

CONJURADOS. - Todos.

(Quítanse las máscaras, se saludan cortésmente y toman asiento.)

EMBAJADOR. - ¿Falta alguno?...

MAFEI. - Sólo echo de menos a Rugiero.

EMBAJADOR. - A pesar de sus pocos años, no creo que le hayan detenido las diversiones del carnaval: ama mucho a su patria adoptiva y no piensa sino en salvarla.

THIÉPOLO. - Sólo tendría alguna disculpa su tardanza, si fuese cierto, como dicen, que está perdido de amores, y lo que es peor, sin esperanza de lograr su dicha... Debemos ser indulgentes con los desgraciados.

DAURO. - Mi amigo no ha menester compasión ni indulgencia: cuando se trata de cumplir con un deber, nadie en el mundo le lleva ventaja.

MARCOS QUERINI. - ¿Y quién pudiera dudarlo?... Cabalmente sus buenas prendas le han granjeado el afecto de todos; y lejos de mirársele en Venecia como extranjero, sin más recomendación que su espada, se le considera con razón como uno de sus mejores hijos. Si hoy tarda, por primera vez, debe de motivarlo alguna causa poderosa...

DAURO. - Quizá sea ése que llega...

EMBAJADOR. - No hay duda.

Escena III

Dichos; RUGIERO.

Presenta éste su contraseña al máscara, el cual se retira, al mandárselo el EMBAJADOR, dejando cerrada la puerta.

RUGIERO. - (Se descubre y saluda a los demás.) No ha sido culpa mía el haber tardado estos pocos momentos: una casualidad, tal vez de leve importancia, me ha hecho suspender de propósito entrar en el palacio... Toda la noche había notado que me seguía un máscara, vestido de negro... en vano atravesaba yo los puentes, cruzaba el bullicio en la plaza, mudaba mil veces de rumbo... siempre le veía cerca de mí, cual si fuese mi sombra. A veces sospeché, hallándole por todas partes, que quizá fuesen varios, de traje parecido; y hasta llegué a dudar si sería mi propia imaginación la que así los multiplicaba ante mis ojos... Al cabo me vi libre un instante, y lo he aprovechado.

MAFEI. - En esta época del año, nada tiene de singular esa aventura: tal vez os hayan confundido con otro; y aun la mera curiosidad bastaría para que alguno haya formado empeño de conocerlos.

DAURO. - Ni la más leve circunstancia debe desatenderse, en crisis de tanto momento... ¿Quién sabe si acecharán los pasos de Rugiero por algún recelo o sospecha?... Todos conocemos a fondo las malas artes de ese tribunal, digno apoyo de la tiranía: mina la tierra que pisamos; oye el eco de las paredes; sorprende hasta los secretos que se escapan en sueños...

THIÉPOLO . - Poco le han de valer ya su astucia misteriosa, sus infames espías, sus mil bocas de bronce, abiertas siempre a la delación y a la calumnia... Si se muestra ahora aun más activo y tremendo, desde que está a su frente el cruel Morosini, antes lo tengo por buen anuncio que por malo; no es síntoma de robustez, sino la agonía de un moribundo.

BADOER. - ¿Y por qué tardamos en señalar su última hora?... En las grandes empresas el mayor peligro está en la dilación...

JACOBO QUERINI. - Y tal vez en precipitarlas. No es mi ánimo, nobles señores, contrarrestar vuestra resolución generosa; y después de haber agotado en vano todos los medios de persuasión y de templanza, conozco a pesar mío que es necesario, so pena de mayores males, oponerse resueltamente a tamaño atentado. Mas ya que la ceguedad de unos pocos nos obligue a tan duro extremo, ¿no debemos prever todas las consecuencias, y evitar todos los estragos de una revolución?... No basta tener en favor nuestro la razón y las leyes; siempre es aventurado encomendar su triunfo al incierto trance de las armas, y es mala lección para los pueblos enseñarles a reclamar justicia, desplegando la fuerza...

THIÉPOLO. - (Interrumpiéndole.) ¿Y qué otro recurso nos queda, para arrancar a unos detentores infames el depósito que han usurpado?... ¡Vosotros lo sabéis: las quejas se gradúan de delito, las reclamaciones de crimen, y el patíbulo ahoga la voz de los que osan invocar las leyes! En ese mismo palacio cuyas puertas se cerraron ante mi padre, alzado por aclamación pública a la suprema dignidad; en ese mismo palacio en que un dux orgulloso, nombrado por sus cómplices, trama noche y día la servidumbre de su patria, no ha faltado ya quien reclame en favor de nuestros derechos; ¿y cuál ha sido la respuesta?... No necesito recordárosla; ¡aún no está enjuta la sangre de las víctimas! ¡Sin proceso ni tela de juicio, sin acusación ni defensa, en la oscuridad de la noche, a la sombra de impenetrables muros, cayeron los leales a manos de los pérfidos; y por colmo de horror y escándalo, se apellidó luego justicia la venganza de los asesinos!

MARCOS QUERINI. - Calma, Boemundo, calma ese aliento generoso, tan necesario en la pelea como arriesgado en el consejo: cuando se trata de asunto de tanta importancia, más vale seguir la luz de la prudencia que los ímpetus del corazón. Nuestros sentimientos son los mismos, uno nuestro deseo; y aunque ves estas canas sobre mi frente, tan resuelto estoy como el que más a derramar mi sangre, por no dejar a mi patria en tan indigna esclavitud. Mas antes de aventurarlo todo, conviene no olvidar el poder y la astucia de nuestros contrarios, y asegurar el buen éxito de la empresa por cuantos medios estén al alcance de la prudencia humana...

BADOER. - ¿Y qué nos falta ya?... Las tropas de mi mando están prontas y llegarán de Padua al momento preciso...

RUGIERO. - Los guerreros que siguen mis banderas me demandan a cada instante la señal anhelada...

EMBAJADOR. - Por no excitar inquietud y sospechas, aún no se han internado en el golfo las galeras de Génova; pero el almirante aguarda ya mis órdenes, y el pabellón de una república amiga vendrá a solemnizar también el triunfo de Venecia.

JACOBO QUERINI. - ¿Y los nobles?... ¿y el pueblo?...

DAURO. - ¿Quién puede dudar de que estén por nosotros? Despojadas de su prerrogativa cien familias ilustres, perseguidas otras, amenazadas todas, ansían en secreto la caída de los usurpadores y el recobro de los antiguos fueros: a una voz, a un acento, no habrá noble veneciano, digno de su estirpe, que no empuñe la espada en nuestro favor.

BADOER. - Y yo respondo con mi cabeza de la cooperación del pueblo. La ruina de nuestra armada en Curzola, la derrota del Po, la pérdida de Tolemaida, la miseria y el hambre, todas las plagas juntas, han apurado ya la paciencia y el sufrimiento; no hay nadie que no anhele ver el término de tantos males.

MAFEI. - ¡La maldición del cielo ha caído sobre Venecia y pide a gritos el castigo de los culpables: ni aun nos queda el recurso, en medio de tantas desdichas, de recibir los consuelos de la religión y llorar siquiera en los templos!... Cerradas sus puertas, prófugos sus ministros, interrumpidos los cánticos y sacrificios, en vano tendemos los brazos al Pastor santo de los fieles... Su tremendo entredicho pesa sobre nosotros; y a su voz todas las naciones nos repulsan como apestados, o nos persiguen como a fieras.

THIÉPOLO. - ¿Qué aguardamos, pues, qué aguardamos?...

DAURO. - A cada instante se agravan los males y se dificulta el remedio.

RUGIERO. - La menor tardanza puede sernos funesta.

MAFEI. - ¡Ni un día más!

VARIOS CONJURADOS. - ¡Ni un sólo día!

MARCOS QUERINI. - Pues tan resueltos os mostráis a tentar cuanto antes el último recurso, concertemos el plan con madurez y detenimiento, dejando cuanto menos sea dable a los azares de la suerte. Sé bien que podemos contar, al menos por el pronto, con más fuerzas que nuestros contrarios; ¿pero no debemos procurar que nuestro triunfo cueste pocas lágrimas, y evitar con todo empeño el derramamiento de sangre?... Quisiera yo también, y daría mi vida por lograrlo, que se tomasen todas las precauciones para que el pueblo no sacuda el freno, y no empañe nuestra victoria con desórdenes y demasías. Ha nacido para obedecer, no para mandar; y al mismo tiempo que vea desmoronarse la obra inicua de la usurpación, debe admirar más firme y sólido el antiguo edificio de nuestras leyes. Rescatemos, sí, rescatemos de manos infieles la herencia de nuestros mayores; mas no exponamos el bajel del estado a las tormentas populares.

EMBAJADOR. - Bien se echa de ver, noble Querini, bien se echa de ver en vuestras razones aquella prudencia consumada, que os ha granjeado tanto crédito entre los padres de Venecia. Tan persuadido estoy, por lo que a mí toca, de la oportunidad de tan saludables consejos, que siempre he sido de dictamen de que debe emplearse la sorpresa y la astucia, más bien que empeñar una larga contienda, incierta tal vez y dudosa. Por lo mismo que nuestros contrarios confían tanto en su previsión y en sus fuerzas; por lo mismo que se han reunido pocos, para oprimir más a su salvo; ha de ser menos difícil lograr nuestro propósito por algún medio pronto, osado, que no hayan podido siquiera imaginar. Tal sería, si bien os pareciese, apoderarnos por sorpresa del Dux y de sus principales cómplices; y arrojándolos

lejos de la patria, que no merecen, proclamar al punto el restablecimiento de las antiguas leyes...

MAFEI. - Anoche mismo, paseándome por los pórticos, noté cuán factible era apoderarse de rebato del palacio ducal. La guardia me pareció escasa y desapercibida; la plaza estaba hirviendo de gente; las oleadas llegaban hasta dentro de las mismas puertas, sin excitar recelo... ¿Qué riesgo habría en mezclarnos con la muchedumbre, acechar la ocasión oportuna, y abalanzarnos a una señal, sin dar siquiera tiempo de ponerse en defensa?

THIÉPOLO. - Reunidas en secreto nuestras tropas en el palacio de Querini, pocos instantes habría menester para ocupar el puente de Rialto y cortar la comunicación entre ambas partes de la ciudad.

BADOER. - Algunos hombres escogidos, mezclados entre la turba, podrían apoderarse de improviso de las avenidas de la plaza y contener a un tiempo a los usurpadores y al pueblo.

JACOBO QUERINI. - Lo que urge más que todo es apoderarse desde luego del Dux... Yo conozco a Gradénigo... hombre audaz, obstinado, inflexible, que expondrá mil veces la vida antes que ceder.

THIÉPOLO. - ¿Y de qué le servirá su arrojo, cuando se halle sorprendido, abandonado de los suyos, sin recurso en la tierra?... También eran valientes los que abusaron antes que él de la suprema potestad; y no por eso se pusieron a salvo del castigo de nuestros padres. ¡Dichosos se llamaron los que pasaron desde el solio a un triste monasterio; mientras proscriptos otros, privados hasta de los ojos para llorar su afrenta, por única merced demandaban la muerte!

EMBAJADOR. - Más fácil será ahora nuestro triunfo, ya que la suerte se nos brinda propicia... Pasado mañana, por último día de carnaval, celebra el Dux un festín magnífico, a que asistirán sus consejeros y muchos miembros del senado, sus principales cómplices: nuestros amigos y parciales pueden concurrir igualmente, disfrazados como los demás nobles; y su sola presencia bastará para afianzarnos la victoria. Al momento que estalle el tumulto en la plaza, debe resonar el mismo grito en los salones del palacio y hallarse el Dux cercado de cien desconocidos. La confusión, la sorpresa, la imposibilidad de distinguir amigos y contrarios, quebrantarán el ánimo de los más audaces; y sin osar resistir siquiera caerán en nuestras manos.

MARCOS QUERINI. - A pesar de que juzgo ese plan el menos arriesgado, y hartamente probable su buen éxito, no dejemos por eso de tomar todas las precauciones... Muchas empresas se han malogrado en el mundo, por haberse desatendido una circunstancia muy leve; y no es lo más difícil imaginar un plan, sino concertar bien los medios de llevarlo a cabo.

EMBAJADOR. - ¿Y quién mejor que vos, respetable Querini, dotado de la prudencia de la edad madura y del aliento de la mocedad, pudiera encargarse de tan arduo negocio?...

Cierto estoy que no habrá uno solo de estos nobles patricios que no se someta a vuestro dictamen, pronto a ejecutar nuestras órdenes.

RUGIERO. - Todos estamos prontos.

CONJURADOS. - ¡Todos!

MARCOS QUERINI. - Aunque tanto me honra vuestra confianza, no quisiera yo cargar sobre mis flacos hombros un peso tan grave; antes bien me atrevería a suplicaros que nombraseis algunos de vosotros, que me auxiliasen y sostuviesen.

DAURO. - Sin salir de vuestro palacio, ¿no tenéis en él a vuestro hermano y a vuestro ilustre yerno?... (Señalando a JACOBO QUERINI y a THIÉPOLO.)

MAFEI. - Nadie mejor que ellos; uno auxiliará vuestra mente, y otro vuestro brazo.

BADOER. - Así también se evita la necesidad de reunirnos, a riesgo de excitar sospechas.

RUGIERO. - A nosotros nos bastará recibir el mandato, aprestarnos y obedecer.

EMBAJADOR. - (Levantándose.) Ea, pues, señores: despedámonos hasta el día feliz en que ha de respirar Venecia... Envidio vuestra gloria; y mi propia sangre daría por poderme contar, como vosotros, entre los libertadores de mi patria.

JACOBO QUERINI. - Quien vuelve por las leyes no hace más que pagar una deuda; nada hay que agradecerle.

RUGIERO. - Aun cuando la suerte nos fuese adversa, antes quiero perecer con las víctimas que no triunfar con los verdugos.

DAURO. - ¿Por qué has de pensar siempre lo más triste y funesto?... No se trata de morir, sino de vencer.

MAFEI. - Nuestra causa es la causa de Dios; y Él volverá por ella.

MARCOS QUERINI. - Vamos a poner todos los medios que pendan de nosotros... ¡y cúmplase después la voluntad del cielo!

(Se despiden y salen por la galería: el EMBAJADOR manda al SECRETARIO que le siga y se va por una puerta lateral.)

Fin del acto primero

Acto segundo

El teatro representa el panteón de la familia MOROSINI: vense a entrambos lados varios sepulcros, con estatuas y emblemas fúnebres; en el fondo se descubre una pequeña capilla cerrada con una verja de hierro y alumbrada con una lámpara; habrá varias puertas y ventanas.

Escena I

PEDRO MOROSINI, dos Espías (con caretas y dominó negro)

Ábrese una puerta en el fondo y entran con el mayor silencio.

MOROSINI. - Aquí no tendremos más testigos que los restos de mis mayores... Ellos me enseñaron a velar noche y día por la salud de la República.

ESPÍA 1º. - (Descúbrese ambos.) Hoy hemos seguido también los pasos de Rugiero; mas no mostraba inquietud ni recelo y se ha encaminado en derechura a la boda del senador Barozzi.

MOROSINI. - ¿Mas estáis ciertos de que fuese él, y no otro, quien entró anoche en el palacio de Génova?

ESPÍA 2º. - No nos queda ni la más leve duda: apenas le dejamos allí, dimos por cien partes el aviso oportuno; y no se le perdió de vista a la vuelta, hasta que entró en su casa.

MOROSINI. - ¿Con qué personas ha hablado estos últimos días?

ESPÍA 2º. - Dos veces ha ido disfrazado al palacio Querini...

MOROSINI. - ¡Al palacio Querini!...

ESPÍA 1º. - También ha recibido hoy en su casa al aya de vuestra sobrina, que después de permanecer con él unos cortos momentos, se volvió aquí en la góndola de vuestro hermano.

MOROSINI. - (Después de una pausa) ¿Con quién vive Rugiero?

ESPÍA 1º. - Desde que llegó a Venecia vive solo, sin más que uno de los extranjeros que siguen sus banderas.

MOROSINI. - ¿No habéis hallado medio de ganarle?

ESPÍA 1º. - Ninguno.

MOROSINI. - (Con tono severo.) Yo buscaré quien cumpla mejor con su obligación.

ESPÍA 2º. - Sólo hemos podido sonsacarle algunas expresiones sueltas, en medio de la embriaguez y valiéndonos de su manceba.

MOROSINI. - ¿Y qué es lo que habéis inferido?

ESPÍA 1º. - Que se trama algún atentado contra la República, y que Rugiero cuenta con los suyos.

MOROSINI. - ¿Cuántos salieron con él del palacio del embajador?

ESPÍA 1º. - Salió solo, con precaución y recato; mas serían unos doce los que allí se reunieron.

MOROSINI. - ¿Estáis seguros de que iba también Thiépolo con ambos Querinis?...

ESPÍA 2º. - Por lo menos, una persona que se le asemejaba mucho entró con ellos en el palacio; y a los pocos instantes, vimos el reflejo de una luz en la galería que conduce a su habitación.

MOROSINI. - ¿Qué ha avisado hoy el proscrito, que se halla refugiado en el palacio del embajador?...

ESPÍA 1º. - Sólo ha confirmado lo que ya sabíamos; pero ofrece revelar hasta lo más mínimo, para ganar su indulto.

MOROSINI. - ¿Se ha mudado ya Gritti a la casa contigua?

ESPÍA 1º. - Y de día y de noche está siempre en acecho.

MOROSINI. - Ignora sin duda que hay otros que tienen también ese encargo...

ESPÍA 1º. - Está muy ufano, creyendo ser él solo; y no sabe que lo observan a él mismo en su propia casa.

MOROSINI. - (Dándole un papel.) Bien está. Llevad esta orden mía al alcaide de los subterráneos, y que deje entrar a uno de vosotros hasta el calabozo de Beccario, cual si fuese enviado por el tribunal para asistirle en sus dolencias... Conviene mostrarle

compasión y ganar su confianza, a fin de averiguar cuanto sepa acerca de la conjuración... Tal vez sería oportuno darle por supuesto que está ya descubierta y presos entrambos Querini... que a uno de los cómplices, por haber confesado la verdad, se le ha conmutado en destierro la pena de muerte; que él puede esperar igual gracia, si se anticipa a otros; ¡pero que mañana tal vez será ya tarde!

ESPÍA 1º. - No se omitirá medio alguno, para sondearle hasta el fondo del corazón.

Al clarear el día, me daréis parte de las resultas, a la entrada del tribunal... lo que no haya logrado la persuasión, lo arrancará el tormento.

(Óyese el ruido de una llave, como queriendo abrir con secreto una de las puertas; y quédanse suspensos, en ademán de escuchar.)

MOROSINI. - ¿Qué ruido es ése?...

ESPÍA 2º. - Parece como que intentan abrir la puerta inmediata.

MOROSINI. - ¡Quién puede ser a estas horas y en este sitio!... Mas ocultémonos, antes que entren, detrás de este sepulcro.

(Se ocultan los tres: ábrese la puerta; y aparece LAURA vestida de blanco, suelto el cabello y con una lámpara antigua en la mano.)

Escena II

LAURA. - ¡Qué silencio, Dios mío!... hasta el ruido de mis pasos me infunde pavor... ¡Mucho tienes que agradecerme, Rugiero, mucho!... ¿Por quién en el mundo haría yo otro tanto? ¡Yo, tan tímida, tan cobarde, que ni siquiera osaba antes bajar sola al jardín, atravieso ahora a media noche las galerías y salones, y oso penetrar en este sitio... donde todo anuncia la muerte! (Coloca la lámpara sobre el sepulcro en que están ocultos, y mira a todas partes con asombro.)

La vista de estos sepulcros me intimida aún más que otras veces: me parece que hasta las estatuas fijan en mí los ojos, me reprenden y me amenazan... ¡Laura, infeliz Laura!... (Óyese hacia el fondo un débil eco, que repite ¡Laura!)

¡Válgame Dios!... creí que repetían mi nombre, y es sin duda el eco de estas bóvedas... La sangre toda se me ha helado en las venas y el cabello se ha erizado en mi frente... Infeliz Laura, ¿qué será de ti?... Un presentimiento fatal me estrecha el corazón y ni me deja respirar siquiera... ¡Ven, esposo mío, ven; cerca de ti nada temo en el mundo!... (Abre una ventana y asómase.)

No descubro ningún objeto... ¡está la noche tan oscura!... Ni una estrella se divisa en el cielo; y sólo se oye el murmullo del viento en este canal solitario... ¡Si no vendrá!... ¡Si le habrá sucedido alguna desgracia!... ¡No, Dios mío, no; harto infeliz es ya! (Dirígese con el mayor abatimiento hacia la capilla y se arrodilla delante de la verja.)

Tú eres mi solo consuelo, protectora de los desdichados; tú ves con piedad estás lágrimas que corren de mis ojos, y no me negarás tu amparo... ¡no, Virgen santa, no; yo no tengo mas madre que tú!... Pero si hemos merecido, por nuestra triste unión, el castigo del cielo; si somos los únicos en la tierra que no alcancen con el llanto su perdón y misericordia... caigan sobre mí, sobre mí sola, cuantos males puedan amenazarnos... ¡Yo me resignaré a mi suerte, sin quejarme siquiera; y te bendeciré, Virgen santa, hasta mi última hora!... (Levántase después de unos instantes.)

Siento más desahogado mi corazón y mi pecho late más tranquilo... (Volviendo el rostro a la capilla.)

¡Hasta las lágrimas son dulces, Madre mía, cuando se derraman en tu seno!... (Encamínase hada la ventana.)

No puede tardar... quizá en este instante me estará ya esperando; y yo no habré oído el canto que me da la vida... (Asómase y escucha atentamente.)

Me parece que oigo a lo lejos como ruido de remos... ¿Si será ilusión?... No, no hay duda; los latidos de mi corazón me anuncian ya mi dicha y el temblor se apodera de todos mis miembros... ¡Él es!... ¡él es!... voy a verle, a oírle, a estrecharle en mis brazos... ¿qué mujer en la tierra más dichosa que yo?...

(Cantan a lo lejos los versos que siguen, acercándose cada vez más la voz:)

En hora fatal Leandro

cruzaba una noche el mar,

diciendo a las recias olas:

dejadme llegar allá,

que la prenda de mí alma

esperándome estará;

¡si queréis mi triste vida,

a la vuelta la tomad!...

(Va apagándose el canto.)

Dejadme llegar...

dejadme...

verla y expirar...

LAURA. - (Con la mayor alegría.) Es la voz de su barquero... ya llegan. (Hace una seña con un pañuelo blanco y arrojan desde afuera una escala de cuerda, que ella ata a la ventana.) ¡Cuidado, Rugiero, cuidado... más despacio, mi vida... dame ya la mano!

Escena III

LAURA, RUGIERO

Entra RUGIERO por la ventana, descubriendo bajo la capa un vestido lujoso de baile: arrójase en los brazos de LAURA.

RUGIERO. - ¡Laura mía!... ¿Por qué lloras?...

LAURA. - No lloro, Rugiero, no lloro... estas lágrimas que ves son de ternura... de alegría... ¡tanta dicha no cabe en mi alma!

RUGIERO. - Serénate, amor mío... ¿Hace mucho que me aguardabas?...

LAURA. - No; ¡pero cada instante me parecía un siglo!... ¿Quieres que te confiese también mi flaqueza?... hasta tenía miedo.

RUGIERO. - ¿De veras?

LAURA. - Es este panteón tan triste... tan sumamente triste... que me parece de mal agüero sólo el pisar sus losas.

RUGIERO. - Desecha esos vanos temores; ¡a mí me parece a tu lado la mansión de los cielos!

LAURA. - A mí también, Rugiero; pero cuando me veo sola, se apodera de mí una tristeza, una angustia, que ni soy dueña de mí misma... Estos días, no sé por qué, me siento también más abatida... ¡me cuesta tanto mostrarme alegre y ocultar lo que pasa en mi corazón!... Habrá apenas dos horas, me acariciaba mi padre con una bondad, con una ternura, que hasta el alma se me partía... Si le hubieras oído, todo lo que me decía para alegrarme, sus proyectos, sus esperanzas... no tiene en su vejez más apoyo, más consuelo que yo; ¡y voy a hacerle infeliz en los últimos años de su vida!

RUGIERO. - ¿A qué te afliges ahora?... ¿Quieres amargar estos instantes, los únicos que gozamos de dicha?...

LAURA. - No, Rugiero... ya me ves; estoy más alegre... ¡A tu lado olvido hasta mis propios remordimientos!

RUGIERO. - ¡Remordimientos!... ¿y de qué? ¿Te pesa el amar a tu esposo?...

LAURA. - ¡Pesarme!... Yo no vivo sino por ti; yo no pienso sino en ti; ¡yo no pudiera existir ni un solo día, si llegara a perderte!... ¡Pero engañar a un padre tan bueno; recibir de sus labios mil elogios, que estoy tan lejos de merecer; haber dispuesto de mi mano sin su voluntad, exponiéndome a su enojo, y tal vez a su maldición... antes morir, Dios mío!

RUGIERO. - ¿Ves, Laura, lo que haces?... ¡Estás toda trémula, demudada, tan pálida!... Ven aquí, bien mío... Descansarás unos instantes, reclinada tu cabeza contra mi pecho.

(La acerca a un sepulcro, situado hacia el promedio del teatro, poco levantado del suelo, con dos figuras esculpidas groseramente en el mármol, ya carcomido por los años.)

LAURA. - ¡Ahí!... No, Rugiero, no, por nada del mundo.

RUGIERO. - ¿Y por qué?

LAURA. - ¡Los que yacen en ese sepulcro fueron muy desgraciados; y nosotros lo somos también!

RUGIERO. - Tú no perdonas medio alguno de atormentarte...

LAURA. - ¡Si supieras la historia de esos esposos!... Se amaron muchos años, llenos de desdichas; el mismo día de sus bodas los separó la suerte; y sólo lograron reunirse en ese sepulcro... ¿Mas por qué me miras así?...

RUGIERO. - Yo no; te estaba meramente escuchando.

LAURA. - ¡Fijabas en mí los ojos con una mirada tan triste!...

RUGIERO. - Es aprensión tuya, Laura mía; yo nunca estoy triste a tu lado. Ven, yo te lo ruego, ven; aquí estarás mejor... ¿no quieres darme ese gusto?...

LAURA. - Yo no tengo más voluntad que la tuya. (Siéntanse a los pies del sepulcro.)

RUGIERO. - Así, Laura, a mi lado... (Cógele la mano y la besa con la mayor ternura.)

¿Quién podrá separarnos, quién?

LAURA. - Nadie en el mundo.

RUGIERO. - Ni la misma muerte.

LAURA. - Razón tenías, Rugiero; cerca de ti estoy más tranquila.

RUGIERO. - ¿Lo ves?

LAURA. - Pero se me representó tan al vivo la historia de esos esposos... ¡la he oído contar tantas veces, desde que era niña!...

RUGIERO. - Aleja de tu alma tan tristes pensamientos... no siempre hemos de ser desgraciados.

LAURA. - Tú mismo no lo esperas; y sólo me lo dices por consolarme.

RUGIERO. - No, Laura, no; mi corazón me anuncia que van a cesar nuestras penas.

LAURA. - ¿Lo crees así, Rugiero?

RUGIERO. - Sí.

LAURA. - Y yo te llamaré mi esposo, y no nos separaremos ni un instante, y todas las mujeres me tendrán envidia...

RUGIERO. - Laura mía... ¡si vieras esta noche lo que me he acordado de ti!... He asistido a la boda del senador Barozzi; y estaban todos tan contentos, que su misma alegría me lastimaba el alma... Cuando oí los acentos de la música... cuando vi a Leonor dar la mano a su esposo, ante un ministro de Dios, rodeada de toda su familia... ¿Te enterneces, Laura?

LAURA. - Y su madre la bendijo... ¿no es verdad?... la bendijo mil veces, y ella lloró en sus brazos, y no podían separarlas...

RUGIERO. - Cálmate, amor mío... ¿por qué te afliges hasta ese punto?...

LAURA. - Mi madre..., mi pobre madre... ¡qué diría la infeliz, si viviese!

RUGIERO. - Tendría lástima de nosotros y nos perdonaría... Tú por lo menos tienes el consuelo de haberla conocido, de haber pasado tu niñez a su sombra; tú recuerdas su rostro, su acento, sus caricias... a la hora de su muerte, te dejó en los brazos de un padre... ¡pero yo, yo, infeliz de mí, desde que abrí los ojos, no he tenido en el mundo a quien volverlos!

LAURA. - ¡Cómo queman tus lágrimas, Rugiero! Deja, déjame; yo las enjugaré con mi mano...

RUGIERO. - Solo, huérfano, sin amparo ni abrigo... sin saber a quiénes debo el ser, ni siquiera la tierra en que nací... ¿Por qué me amas, Laura, por qué me amas?... ¡Basta que seas mía, para que seas desgraciada!

LAURA. - Más quiero contigo todas las desdichas juntas que lejos de ti todos los bienes de la tierra... Mira, Rugiero, con toda mi alma te lo digo: quizá no te amaría tanto, si fueras feliz... pero cuando oía referir tus desgracias y escuchaba los elogios que de ti hacían, tu valor en los combates y tu clemencia con los vencidos... yo no sé lo que sentía; ¡pero antes de conocerte ya te amaba!... Yo nací para ti, Rugiero, para consolarte en tus penas, para hacerte olvidar tu orfandad y llenar el vacío de tu corazón... ¿qué te falta, di, adorándote yo? (Le echa los brazos al cuello.)

RUGIERO. - Tú no eres una mujer, eres un ángel; ¡el cielo te ha enviado para hacerme sobrellevar la vida!

(Quédanse unos instantes en silencio, con las manos entrelazadas.)

LAURA. - Cuando estemos así delante de mi padre... y nos llame a los dos hijos míos... y nos contemple enternecido, con las lágrimas en los ojos... ¿crees tú que llegará ese momento?

RUGIERO. - Sí, Laura, y antes que imaginas.

LAURA. - Yo conozco su mucha bondad y el cariño que me tiene; hasta su vida daría por mí... pero temo que nos engañemos, Rugiero: vivimos en Venecia, y mi padre anhela como el que más el lustre de su familia... Quizá por sí propio haría en favor nuestro el mayor sacrificio; pero temerá el desaire de los otros nobles, el menoscabo de su influjo, las reconvenciones de su hermano... Tú no conoces a éste, y yo sí: justo y virtuoso, pero mirando hasta la piedad como una flaqueza, trata a los demás hombres con la misma severidad que a sí propio... No amó nunca, Rugiero; ¿cómo quieres que nos mire con indulgencia y lástima?

RUGIERO. - Pues cabalmente en él tengo mi mayor confianza...

LAURA. - ¡En él!

RUGIERO. - Sí, Laura, en él; quizá mañana mismo me deba hasta la vida.

LAURA. - (Con sorpresa y pasmo.) ¡Qué me dices, Rugiero!...

RUGIERO. - ¿Y por qué tiembles tú?... No tienes por qué azorarte, sosiégate, no voy a correr ningún riesgo...

LAURA. - ¡Ninguno!... Pues bien, Rugiero, estoy pronta a creerte; pero sólo exijo una cosa.

RUGIERO. - Todo cuanto tú quieras.

LAURA. - Ven, y júramelo por mi vida, ante aquella divina imagen... (Le mira de hito en hito.) No bajes los ojos, no los bajes; en tu cara estoy leyendo lo que pasa en tu corazón.

RUGIERO. - Laura mía...

LAURA. - Deja, déjame...

RUGIERO. - No quisiera, ni una sola vez, mentirte y engañarte; pero temo que diciéndote la verdad, te aflijas sin motivo.

LAURA. - ¿Y prefieres dejarme en esta incertidumbre?... ¡Haz lo que quieras; yo sé ya cuál va a ser mi suerte!...

RUGIERO. - No llores, Laura, no llores y escúchame... voy a darte una prueba de lo que te amo; ¡pero por Dios te pido que me creas y no te hagas más infeliz!... Yo no voy a correr ningún riesgo; te lo repito una y mil veces... Todo está previsto; y el éxito es seguro: en un solo momento va a cambiarse la suerte de Venecia, ¡y pasado mañana eres mía a la faz del mundo!... ¿No te alegras de oírlo?... Alza la frente, Laura... ¡tienes la mano helada, con un sudor tan frío!...

LAURA. - Y me decía que me amaba tanto... y que nunca más expondría su vida... y que sería siempre mi apoyo y mi consuelo... Padre mío, ¡qué va a ser, en faltándole tú, qué va a ser de tu hija!...

RUGIERO. - ¡Por Dios, Laura, por Dios... cada palabra tuya se me clava en el alma!

(Quédanse un momento silenciosos; y empieza a oírse el susurro del viento.)

LAURA. - Un solo favor quisiera pedirte...

RUGIERO. - ¿Qué quieres?

LAURA. - El primero... y el último que te pediré ya en mi vida.

RUGIERO. - ¿Qué quieres, Laura?... Dilo.

LAURA. - Tú vas a perderte... a perderte... tú no conoces la tierra que pisas; y hasta la pasión que me tienes contribuye a cegarte...

RUGIERO. - No, Laura, no lo creas: los hombres de más cuenta, los patricios más graves, se hallan decididos, prontos a salvar a Venecia... Todo está calculado para evitar el derramamiento de sangre; y hasta el mismo Dux, sorprendido en su palacio, no recibirá daño ni insulto en su persona... Yo temí... ¿cómo podía olvidarte?... temí que en medio de la confusión, intentase alguno vengar en tu tío la muerte de propios o de extraños... ¡es tan aborrecido!... Por eso me he encargado de cerrar con mis tropas las avenidas del tribunal, y de velar en guarda de los jueces... ¿Qué tienes que temer?... Yo estaré a la vista de tu propia casa; yo defenderé a tu familia; yo tendré la satisfacción de que me deban algo los que tienen tu misma sangre... ¿no los oirás con gusto manifestarme su agradecimiento?... No me respondes, Laura; y ni aun parece que me escuchas... ¿Qué tienes, mi vida?... ¡Llora si quieres, llora en los brazos de tu esposo, que te ama más que a su corazón!... (Reclínase LAURA en el hombro de RUGIERO.) Así, Laura, así, no te reprimas...

LAURA. - Rugiero... Rugiero...

RUGIERO. - No puedes ni aun hablar... los sollozos te ahogan...

LAURA. - ¡No me abandones... ten lástima de esta infeliz!

RUGIERO. - ¡Abandonarte yo!... ¿Puedes imaginarlo?

LAURA. - Si te sobreviniese algún daño en medio del tumulto... si cayeras en las garras de ese tribunal, que ni olvida ni perdona... ¡Rugiero, Rugiero mío, no te apartes de mí!

RUGIERO. - Serénate, Laura, serénate...

LAURA. - Por Dios te lo pido, Rugiero... no me dejes en este estado, si me amas todavía... ¡El día que te suceda una desgracia, será el último de mi vida!... ¡Qué es eso!... ¿Por qué vuelves el rostro?

RUGIERO. - No es nada, Laura...

LAURA. - Me pareció que había oído como un murmullo...

RUGIERO. - Es el viento, que zumba en estas bóvedas... ¿no ves cómo ha arreciado?...

(Suena más fuerte el viento.)

LAURA. - Sí, ya lo oigo... y hasta ese ruido tan triste aumenta mi terror... La noche en que estuve a la muerte, sonaba así también... ¡No me dejes, por Dios, no me dejes; si te vas me muero!

RUGIERO. - ¿Por qué tiembles ahora?... ¿No estoy yo a tu lado?...

(Uno de los espías apaga de pronto la lámpara, y vuelve a esconderse.)

LAURA. - (Levantándose despavorida.) ¡Dios mío!...

RUGIERO. - El viento la ha apagado sin duda... voy a encenderla en la capilla y vuelvo al instante...

LAURA. - Yo iré también contigo... yo no me quedo sola.

RUGIERO. - ¿Tienes miedo, mi vida?

LAURA. - No sé, Rugiero, no sé lo que pasa por mí... pero temo apartarme de ti ni siquiera un momento... ¡me parece mentira que he de volver a verte!...

(RUGIERO se encamina a tomar la lámpara, y LAURA le acompaña: al llegar junto al sepulcro, salen de improviso los dos espías enmascarados, se arrojan sobre RUGIERO y le asen cada uno de un brazo.)

Escena IV

LAURA, RUGIERO, los dos espías

RUGIERO. - ¡Perdidos somos!

LAURA. - (Da un grito y cae desvanecida junto a la puerta por donde entró.) ¡Ay!...

RUGIERO. - ¡Laura!...

ESPÍA 1º. - (Presentándole una daga al pecho.) Si despegas los labios, aquí mismo mueres.

RUGIERO. - ¡Laura!...

ESPÍA 2º. - (Poniéndole un pañuelo en la boca.) Ya acabaste de hablar en tu vida.

(Le conducen con violencia hacia la puerta por donde entraron; y sale MOROSINI de detrás del sepulcro.)

Escena V

LAURA, PEDRO MOROSINI

MOROSINI. - (Se acerca a su sobrina, la levanta y la contempla unos instantes en silencio:) ¡Imprudente... cuántas lágrimas va acostarte tu loca pasión!

Fin del acto segundo

Acto tercero

El teatro representa una sala del palacio de la familia MOROSINI.

Escena I

LAURA, MATILDE

LAURA está sentada en un sillón, y MATILDE a lado, en pie.

LAURA. - No lo he soñado, Matilde, no; ¡aunque a mí misma me parece un sueño!... Yo los vi con mis propios ojos salir del sepulcro, y arrojarse sobre el desdichado; pero en el mismo instante perdí la vista y el sentido... Mal pudiera decirte lo que haya sucedido luego; ni aun yo misma lo sé... sólo me pareció que oía la voz del infeliz, que me llamaba en aquel trance... ¡Cuál sería su angustia, Dios mío, al dejarme en tal situación!

MATILDE. - Procura serenar tu ánimo, si no quieres recaer en el mismo estado que ha puesto en peligro tu vida...

LAURA. - ¡Mi vida!... ¿y qué me importa, si he perdido cuanto amaba en el mundo?

MATILDE. - ¿Por qué?... Tu imaginación acalorada te representa próximos los mayores males, cuando tal vez están más lejanos... ¿Quién sabe lo que habrá dado lugar a tan extraño caso?... Yo te confieso con ingenuidad que no acierto a explicarlo: ¿cómo pudieron esos hombres penetrar en el panteón? ¿a quién buscaban allí? ¿qué motivo pudo incitarlos a apoderarse de Rugiero?... Él no tiene émulos ni enemigos; ¿qué interés puede haber en hacerle daño?...

(LAURA suspira profundamente y deja caer la cabeza.)

Lo que más que todo me confunde, es cómo te hallaste esta mañana en tu lecho: yo oí, antes de amanecer, tu ahogo y tus quejidos; pero creí que era algún ensueño, que te afligía como otras veces, y aun dudé si debía despertarte.

LAURA. - Cuando volví en mí, temía abrir los ojos, creyendo hallar a mi lado aquellos dos espectros... ¡Qué consuelo tuve, Matilde mía, cuando me vi en tus brazos!...

MATILDE. - (Abrazándola.) Sí, hija, sí... desde que naciste te recibí en ellos; y en ellos te estrecharé mientras Dios me dé vida... Tu misma madre tenía celos de mí; tú no te acordarás; ¡eras tan niña!... pero luego se alegraba de lo mucho que me querías, y sólo descansaba cuando te dejaba conmigo.

LAURA. - ¡Si no fuera por ti, Matilde!... Yo no tengo más alivio, más desahogo en mis penas... ¡soy tan desventurada!...

MATILDE. - ¿Y a qué viene ese llanto?... No hay motivo aún para afligirse así...

LAURA. - ¿Dónde estará, Dios mío, dónde estará a estas horas?... ¡Tal vez corre riesgo su vida; y ni aun tiene el consuelo de saber de su Laura!...

MATILDE. - Mira, mira en qué estado te pones...

LAURA. - ¡Quizá me esté llamando, en medio de su angustia... y pidiendo a Dios por mí en su última hora!...

MATILDE. - ¡Qué locura, hija, qué locura!

LAURA. - ¡Rugiero, Rugiero mío, pronto te seguirá tu infeliz esposa!... (Queda postrada de dolor, mientras MATILDE la sostiene y anima.)

MATILDE. - Ya que tan poco valen mis súplicas y mis consejos, piensa a lo menos, Laura, piensa cuál es tu situación... Tu padre ha enviado mil veces a saber de ti; y ya es hora que vuelva del senado... ¿qué dirá si te encuentra tan triste y afligida? ¿qué pretexto alegarle?... La menor duda, la menor incertidumbre nos pierde.

LAURA. - (Levantándose.) Hoy va a saberlo todo.

MATILDE. - ¡Qué es lo que dices!... ¿Estás en ti?

LAURA. - ¿Y por qué lo extrañas?... ¿Quieres que deje perecer al esposo de mi corazón, por no revelar mi secreto?... No, Matilde, no; es mi esposo a los ojos de Dios, y yo debo salvarle a costa de mi vida... ¿qué me importa lo que digan los hombres?

MATILDE. - Tu misma pena te ciega ahora... ya lo pensarás antes.

LAURA. - Ya lo tengo pensado, resuelto; nada en el mundo me hará volver atrás... ¿qué puede sucederme?... ¡Mil veces hubiera él derramado su sangre, por evitarme a mí el más leve pesar; y la única vez que necesita mi socorro; cuando no tiene el infeliz ni padres ni familia que tomen parte en su desgracia, que pregunten siquiera si vive... se vería abandonado de su misma esposa!... No lo temas, Rugiero, no lo temas; tu Laura te salvará o morirá contigo.

MATILDE. - Pero deja a lo menos que pensemos algún medio oportuno, para revelar el secreto a tu padre... por ti, por mí, hasta por él mismo, conviene no darle ahora tan funesta nueva...

LAURA. - ¿Y me aconsejas tú que aguarde?... Quizá de un solo instante estará pendiente la vida de Rugiero; quizá a estas horas me estará ya culpando; ¡y yo me mostraré indecisa, dudosa, por no confesar mi falta, por no pedir perdón a los pies de mi padre!... Ya lo sé, sin que tú me lo digas: me veré humillada, confundida, sufriré mil quejas y reconvenciones... ¡pero haré ese sacrificio por mi esposo y Dios lo aceptará tal vez en su misericordia!

MATILDE. - Serénate, hija mía...

LAURA. - Ya estoy deseando que llegue, para descargar este peso que me oprime el alma... yo me arrojaré a sus pies, y los bañaré con mi llanto, y no me alzaré del suelo hasta que me haya perdonado... ¡Así perdone Dios a los que me han hecho tan infeliz!

MATILDE. - Mira, Laura, que me parece que oigo pasos... vente, vente conmigo...

LAURA. - Deja, Matilde, déjame... quizá sea mi padre; y voy a salirle al encuentro...

MATILDE. - (Queriendo detenerla.) ¿Qué vas a hacer?...repara...

LAURA. - (Soltándose de MATILDE.) Más vale morir de una vez.

(MATILDE se retira confusa: LAURA se dirige hacia la puerta por donde viene su padre; y al verle, fáltanle las fuerzas y cae de rodillas.)

Escena II

JUAN MOROSINI, LAURA

MOROSINI. - (Corriendo hacia su hija.) ¡Laura!... ¿qué tienes?... Levántate, hija, y ven a mis brazos...

LAURA. - ¡Padre mío!

MOROSINI. - ¿Qué es lo que tienes?... ¿por qué estás así?

LAURA. - ¡Perdón, padre mío... perdón!

MOROSINI. - ¿De qué, ángel de Dios?... Estás delirando, hija mía... tú eres incapaz de ofender a tu padre, tú no me has dado en la vida el menor pesar, ni me lo darás nunca... ¡Pero levántate, Laura; mira que así me afliges; y el corazón me duele de sufrir tanto hoy!... (Levántala.) No puedes sostenerte en pie y escondes la cabeza contra mi pecho... ¿por qué temes mirarme?... ¡Alza la cara, álzala; yo no tengo más gusto que mirarme en ti!

LAURA. - No, padre mío, no... cada muestra de bondad es un torcedor que me ahoga...

MOROSINI. - ¿Por qué?...

LAURA. - Cuando sepáis mi falta... cuando veáis el pago que he dado a tanto amor, a tanta ternura... ¡Por Dios que no me aborrecáis; aún soy más infeliz que culpable!

MOROSINI. - ¿Qué turbación, qué congoja es ésta?... ¡Sácame cuanto antes de esta incertidumbre; mira, hija mía, que ya no puedo más!

LAURA. - Sí, voy a decíroslo, a confesaros todo... y esta vergüenza, esta angustia que ahora siento en mi alma, es ya parte de mi castigo... ¡No me quejo, Dios mío, no me quejo; más merezco aún!

MOROSINI. - No te detengas... sigue...

LAURA. - Esta hija... esta hija única, objeto de tantos desvelos y vuestra sola esperanza... la que no debía ni haber respirado siquiera sin el permiso de un padre tan bueno... la que os juró mil veces hacer en todo vuestra voluntad y recibir de vuestra diestra al esposo que Dios le destinara...

MOROSINI. - Acaba, Laura, acaba...

LAURA. - Esta hija ingrata ha dado ya su mano. (Arrójase a los pies de su padre: éste se queda absorto.)

MOROSINI. - ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... una sola cosa te había pedido este mísero padre... ¿por qué le has conservado la vida para afligirle así?

LAURA. - ¡Padre!... ¡Padre!...

MOROSINI. - ¡Aparta, Laura, quita... no me beses los pies, cuando acabas de traspasarme el alma!

LAURA. - ¡No por mí... yo no soy acreedora sino a vuestro castigo... pero por aquella santa que nos está mirando desde el cielo... por mi pobre madre, que os encomendó al morir a esta desventurada... por el cariño que le tuvisteis, y por las lágrimas y afanes que le costó el criarme... ¡Cuántas veces me habéis dicho que me parecía a ella, que cuando oíais mi acento, creíais escucharla!... ¡No, no; ella era virtuosa y yo he faltado a todo!

MOROSINI. - ¿Qué haces, Laura, qué haces?...

LAURA. - Ella me perdonaría, sí, me perdonaría... y a estas horas os está pidiendo por su hija desdichada... No le neguéis la gracia que os pide el cielo... ¡allí está delante de Dios, que siempre perdona!

MOROSINI. - Hija mía... hija mía... ¿por qué has hecho infeliz a quien te ama tanto? (Inclínase un poco; LAURA se levanta, y se arroja en sus brazos: quedan unos instantes en silencio.) ¿Y quién es... quién es el que así ha abusado de tu candor e inexperiencia?

LAURA. - No por cierto; él no empleó más artes, más seducción que sus virtudes... es pobre, desvalido; ¡pero tiene un alma tan noble! No merece el rigor con que le ha tratado la suerte.

MOROSINI. - Pero ¿quién es?... ¿por qué temes decirlo?

LAURA. - No lo temo; pero me cuesta trabajo pronunciar su nombre... ¡A estas horas tal vez, quizá esté el infeliz en el mayor conflicto!...

MOROSINI. - ¿Qué dices?... Aclara de una vez tantos misterios.

LAURA. - Pero vos le ampararéis... ¿No es verdad?... Él no tiene más esperanza en el mundo que las lágrimas de su esposa... ¡Quién tendrá piedad de nosotros, si nos la niega un padre!

MOROSINI. - ¡Laura... no tiembles así, hija... ven aquí, al lado de tu padre... que ya ha olvidado tu falta y no ve más que tus desdichas! (Le echa los brazos con la mayor ternura y la conduce a un sillón, junto al suyo: siéntanse ambos. LAURA coge las manos de su padre, las lleva a la boca y levanta los ojos al cielo.) ¡Si, hija, sí... cuando un padre perdona, el cielo echa su bendición! Pero tranquilízate un poco, y confíame tus penas... ¿no soy yo tu mejor amigo?

LAURA. - Y esa misma bondad es lo que más me abate... Si me hubierais tratado como merezco, tendría más valor.

MOROSINI. - Vamos, hija, sácame de estas dudas... ¿cuál es el nombre de tu esposo?

LAURA. - ¿De mi esposo?

MOROSINI. - Sí...

LAURA. - Durante vuestra ausencia, cuando en más de un año no recibí ni la menor noticia y corrieron voces tan funestas de resultas de la derrota de la armada... hallándome sola, triste, convaleciente de la enfermedad que me puso a las puertas de la muerte... viendo el desvelo y la ternura que me había mostrado el joven virtuoso a quien amaba mucho tiempo había... le ofrecí darle mi mano, en cuanto Dios me concediese recobrar la salud... ¡cuántas penas me hubiera ahorrado, si hubiese muerto entonces!

MOROSINI. - Sigue, hija, sigue...

LAURA. - En el mismo monasterio contiguo a nuestra quinta, di la mano a mi esposo con el mayor secreto... y pocos días después, hallándome con él en la capilla del Buen Suceso, pidiendo a la Madre de Dios que me concediese el saber si vivíais, recibí vuestra carta, anunciándome vuestra pronta venida. La alegría que sentí en mi alma, sólo yo la sé; me propuse mil veces revelároslo todo, al momento mismo de abrazaros; pero desde el día que llegasteis, nunca he tenido valor para confesaros mi falta.

MOROSINI. - Mas nunca acabas de decirme el nombre de mi esposo...

LAURA. - ¿No lo he dicho ya?... Rugiero...

MOROSINI. - ¡Rugiero!

LAURA. - No es culpa suya haber nacido tan desgraciado... pero cuantos le conocen le aman; y a vos mismo os he oído repetir sus elogios... Es tan honrado, tan compasivo, tiene un corazón tan hermoso! ¡Cuántas veces me ha dicho, arrasados los ojos en lágrimas: «No tengo más pesar en el mundo que el haber ofendido a tu padre; y nunca me presento a su vista sin cubrirseme el rostro de rubor... Mas si algún día llega a perdonarme; si logro que me mire, no como a hijo, sino como a un esclavo, no viviremos uno y otro sino para hacerle feliz... ¡y aún quiera Dios que así podamos borrar nuestra falta!...» ¡Qué lejos estaba entonces de prever su desdicha!

MOROSINI. - ¿De qué desdicha hablas?... ¡Aun hay más todavía!

LAURA. - ¡En este mismo instante, en que os estoy pidiendo su perdón y el mío... tal vez mi pobre esposo sólo necesita el de Dios!

MOROSINI. - Cálmate, hija, cálmate... ¡mira que esa sonrisa me hace estremecer! Desahoga tu pecho, hija mía... cualesquiera que sean tus desgracias, si tu padre no puede remediarlas, las llorará contigo... ¿qué más quieres de mí? (LAURA se levanta y se arroja en brazos de su padre.) Más vale así, más vale que llores... ¿No sientes consuelo, hija mía,

en llorar en el seno de su padre?... Vamos, vuelve a sentarte... Yo quiero que me cuentes la pena que te aflige; pero sin apurarte así... aún estás muy débil y esa congoja puede hacerte mal... ¡No olvides, hija mía, que yo no tengo en el mundo a nadie más que a ti!... (LAURA vuelve a sentarse.) Ahora vas a decírmelo todo, todo... ¿Qué es de Rugiero? ¿dónde está? ¿cuál es el peligro que le amenaza?... Sin temblar, hija mía... si no me lo dices, ¿qué quieres tú que haga yo por él?

LAURA. - (Procurando reprimir su pesar.) Yo le había hablado pocas veces, desde que llegasteis... ¡temía tanto daros un disgusto!... Nos contentábamos con mirarnos de lejos; y alguno que otro día también nos escribíamos... siempre de nuestras penas... Al cabo me propuso venir de noche al canal solitario, que da a espaldas de este palacio y hablarme por una ventana; y el mismo deseo de evitar que se supiese y llegase a vuestros oídos, me hizo imaginar el recurso más extraño, como el menos expuesto... Dentro del panteón le he hablado dos veces con el mayor sigilo; ¡y anoche... anoche cabalmente era la tercera!...

MOROSINI. - ¿Por qué te detienes?... Prosigue...

LAURA. - Desde antes que él viniese, ya me anunciaba mi corazón alguna desgracia... Llegó al fin Rugiero, y procuró animarme: él venía también triste; pero sólo le dolía el verme afligida, y se desvivía el infeliz por parecer alegre... Serían como las dos... sí, esa hora sería... cuando empezó a levantarse un viento tan recio, que el panteón parecía estremecerse, y se apagó la lámpara que yo había colocado sobre un sepulcro...

MOROSINI. - Sigue, hija mía... ¿qué tienes que temer, estando junto a mí?

LAURA. - Rugiero fue a encenderla; y yo iba a su lado, por no quedarme sola... ¡tenía un terror tan grande!... Más apenas nos acercamos al sepulcro, cuando se aparecieron de repente dos bultos altísimos, cubiertos con un ropaje negro, y sin hablar ni una sola palabra, se abalanzaron sobre el infeliz... yo quise gritar, pero no pude; a un tiempo me faltaron el habla y las fuerzas, y caí como muerta en el suelo...

MOROSINI. - Descansa un poco, hija... ahora seguirás.

LAURA. - Después de algunas horas, volví al cabo en mí; pero en vez de hallarme en el panteón, como creía, me encontré en mi lecho, y Matilde a mi lado.

MOROSINI. - Mas ¿cómo supo dónde estabas, cómo te trajo a tu aposento?

LAURA. - No fue ella quien me trajo, ni sabe tampoco quién fuese... cuando acudió a mis quejidos, ya me halló en mi cama.

MOROSINI. - ¿Y tú no viste ni oíste?

LAURA. - A nadie.

MOROSINI. - ¿Ni has recibido hoy nuevas de Rugiero?...

LAURA. - Eso es cabalmente lo que más me aflige... él sabe el estado en que me dejó; y ni me ha escrito siquiera para tranquilizarme... ¡Cómo había de haberme olvidado, si el infeliz viviese!...

MOROSINI. - No hay que ponerse en lo peor, hija mía... mil causas pueden haberle impedido el cumplir su deseo...

LAURA. - ¡Si le conocieseis como yo!... él no tiene más anhelo, más afán que su Laura.

MOROSINI. - ¿Pero sabes por lo menos si ha vuelto desde anoche a su casa?

LAURA. - Hace una hora, aún no había parecido.

MOROSINI. - ¿Y has enviado a ver si se encuentra algún indicio en el panteón, que pueda darnos luz?

LAURA. - Apenas me recobré algún tanto le rogué a Matilde que fuese... La primera idea que me había ocurrido es que hubiesen asesinado a Rugiero; y temblaba como la hoja en el árbol, al ver ya de vuelta a Matilde... pero ni halló rastro de sangre ni el indicio más leve; hasta las puertas estaban cerradas, sin ninguna señal de violencia. (MOROSINI se queda pensativo y LAURA le observa.) ¿Qué será, padre mío, qué será?

MOROSINI. - (Volviendo sobre sí.) ¿Cómo quieres que yo lo sepa?

LAURA. - Me pareció que se os había ocurrido algún pensamiento muy triste, y que temáis decírmelo... ¡No lo temáis; es imposible que vuestra Laura sea ya más infeliz!

MOROSINI . - Calma tu imaginación, hija mía... (Levántanse ambos.) Yo voy ahora mismo a informarme, a procurar saber de Rugiero... pero es menester que te tranquilices, y que no lleve yo la pena de dejarte así... ¡Mira que he sufrido mucho, mucho... también merezco yo alguna compasión! (LAURA le besa la mano y hace ademán de arrodillarse.) Vamos, ya se acabó, hija mía... ¡Pon tu suerte en manos de Dios, y ten confianza en tu padre!... No hay que llorar más... retírate a tu cuarto, que me parece que suena gente... yo iré luego a buscarte.

LAURA. - Si no me engaño, es mi tío...

MOROSINI. - Pues bien, vete al instante y déjame con él.

LAURA. - (Sobresaltada.) ¡Con él!

MOROSINI. - Sí, hija, déjanos solos... (LAURA da unos pasos y se detiene.) ¿Qué esperas?...

LAURA. - Ya me voy... ¡Qué semblante tan adusto que trae!... No sé por qué al verle me ha dado un vuelco el corazón.

Escena III

JUAN MOROSINI, PEDRO MOROSINI

JUAN MOROSINI. - Quisiera hablar contigo unos instantes... sobre un asunto que me importa mucho.

PEDRO MOROSINI. - Di lo que quieras; pero no tardes: dentro de una hora tengo que estar de vuelta en el tribunal. ¿Por qué te detienes?...

JUAN MOROSINI. - ¡Estoy pensando que no tienes hijos... y que no vas a comprenderme!

PEDRO MOROSINI. - ¿Y a qué son esos preámbulos?... Nunca los has usado conmigo.

JUAN MOROSINI. - Es que nunca me he visto en la aflicción que hoy... (Enjúgase una lágrima de los ojos.) ¡No mires, Pedro, no mires mi flaqueza... acabo de recibir un golpe mortal, y al fin soy hombre!... (Serénase un poco.) Yo no tengo más que una hija, único fruto de una unión desgraciada... tú conociste a su madre y sabes el extremo con que yo la amé... En mi hija veía el retrato de mi pobre Constanza; y su inocencia y sus caricias me consolaban de todas mis penas... Yo la he criado a mi lado, a mi vista, sin apartarme de ella un solo día, hasta que el peligro de mi patria me impuso el sacrificio de separarme de ella... ¡parece que el corazón me daba que aquella ausencia iba a costarme muchas lágrimas!...

PEDRO MOROSINI. - ¿De qué sirve afligirte en esos términos?...

JUAN MOROSINI. - Volví al fin después de tantos infortunios, sin más anhelo que abrazar a mi hija; la hallé aún más bella que antes, admirada, querida de todos; y cada día fundaba en ella mayores esperanzas... ¡Todas se han desvanecido hoy: Dios lo ha querido así!... Mi hija es ya esposa, Pedro: ni te pregunto si lo sabías, ni menos intento disculparla... ¡quiero sólo que lo oigas de mi propia boca, para que veas cuál es mi situación! Laura es ya de Rugiero: el Señor ha bendecido su unión en su santo templo... ¡y sólo la muerte puede ya separarlos!... Mi hija ama a su esposo con toda su alma; y yo no puedo vivir, si me falta ella... ¡No te digo más!

PEDRO MOROSINI. - ¿Pero, qué es lo que quieres de mí?...

JUAN MOROSINI. - Rugiero ha desaparecido desde anoche; y tú sabes de cierto dónde está.

PEDRO MOROSINI. - ¡Yo!... ¿Soy yo acaso su guarda?

JUAN MOROSINI. - No, Pedro... mas no olvides que eres mi hermano. (PEDRO MOROSINI baja los ojos y callan ambos por un momento.) A media noche, en nuestra propia casa, sin quebrantar las puertas ni causar el ruido más leve, dos hombres apostados han arrebatado a Rugiero de entre los brazos de mi hija; y ella se ha visto trasladada, sin saber cómo, desde el panteón a su propio lecho... Yo sé el terrible ministerio que ejerces; conozco a Venecia muchos años ha; y me consta que en ella ni respira nadie sin que tú lo sepas... ¡Sácame, Pedro, sácame por Dios de esta duda, para que pueda dar algún consuelo a mi hija!... (Observándole que calla.) Bien te lo decía yo, bien te lo decía antes... ¿cómo has de comprender mi dolor, si no tienes hijos?... ¡Pero recuerda que tuviste uno y que pudiste hallarte en el mismo caso que yo!... También yo te he visto llorar... (lo tengo presente cual si fuese hoy) cuando supiste que tu esposa y su tierno niño habían muerto a manos de los infieles, sin tener siquiera el consuelo de poder rescatar sus cadáveres...

PEDRO MOROSINI. - ¿Y a qué me lo recuerdas?

JUAN MOROSINI. - Yo te veía afligido; y no me apartaba un instante de ti, y hasta dormía al lado de tu cama... ¡Cuando te veía descansar de tus penas, daba gracias a Dios, y le pedía que te hiciese feliz, aunque fuese a costa de mi vida!

PEDRO MOROSINI. - No lo he olvidado, Juan; ni era menester que me lo trajeses a la memoria... ¿Te he dado nunca el menor motivo de queja?

JUAN MOROSINI. - ¡No; pero lo que a ti te basta, no me basta a mí!... No te enojas, si te hablo con toda la ingenuidad que debe mediar entre nosotros; ¡hasta mi mismo dolor me da derecho a ello!... No sé si atribuirlo a aquella desgracia tan grande, que te dejó como solo en el mundo... o a tu larga ausencia, durante tu gobierno en Candía... o tal vez a ese terrible ministerio, que te hace ver a todas horas correr las lágrimas de los infelices... lo cierto es que no hallo en ti aquel afecto, aquella ternura, que mi corazón te está pidiendo... ¡no parece sino que el tuyo se ha secado! Hoy mismo, hoy mismo acudo a ti, lleno de amargura, como al mejor amigo que Dios me ha dado; ¡y en vez de abrirme los brazos y de ofrecerme el más leve consuelo, has oído mi desgracia cual si fuese la de un extraño!

PEDRO MOROSINI. - No, Juan, no me hagas ese agravio: amo a mi familia, como es justo, y a ti como a un hermano... ¡mas no por eso olvido lo que debo a mi patria, y que Dios un día ha de pedirme cuenta!...

JUAN MOROSINI. - (Con suma viveza.) ¿Qué me dices?...

PEDRO MOROSINI. - (Respondiendo con frialdad.) Yo no te he dicho nada: contesto meramente a tus quejas. También pudiera a mi vez hacerte a ti reconvenciones, sobre ese carácter débil y condescendiente, que quizá ha contribuido a la perdición de tu hija y a la desgracia que lloras hoy... pero no es ocasión de aumentar tus pesares, cuando ya no tienen remedio.

JUAN MOROSINI. - ¿No queda ninguno?... (PEDRO MOROSINI señala con la mano al cielo y hace ademán de retirarse.) ¡Aguarda... oye siquiera... no te pido más!

PEDRO MOROSINI. - (Se detiene y le alarga la mano.) No exijas por Dios, no exijas de mí lo que no puedo hacer.

JUAN MOROSINI. - Dime sólo una cosa... ¿vive Rugiero?...

PEDRO MOROSINI. - (Después de vacilar unos instantes.) Vive.

JUAN MOROSINI. - ¡Gracias a Dios!

PEDRO MOROSINI. - Pero no lo digas a tu hija.

JUAN MOROSINI. - ¿Por qué?

PEDRO MOROSINI. - Porque tendría que llorarle dos veces.

(Vase pausadamente: JUAN MOROSINI permanece sobrecogido y confuso.)

Escena IV

JUAN MOROSINI. - No hay duda... ninguna... ninguna... ¡está en las cárceles del tribunal, y allí no hay esperanza!... ¿Pero cuál puede ser su delito?... Tal vez una imprudencia, una palabra, va a costarle la vida, como ha costado a tantos... No, no: el silencio de mi hermano anuncia un secreto más grave; y yo he visto, a pesar de su entereza, que le costaba el ocultármelo... Si Rugiero ha conspirado contra la república... si algunos descontentos se han prevalido de su inexperiencia... si el mismo deseo de mejorar de suerte y de aparecer más digno de mi hija... ¿Cómo me presento yo a la infeliz, ni qué voy a decirle?... ¡Ella me aguarda con el mayor afán, y espera de su padre palabras de consuelo... y yo tengo que prepararla a saber la muerte de su esposo!... Imposible, imposible... sería clavarle yo mismo un puñal en el corazón. (Da involuntariamente unos pasos, como para salir fuera de la sala.) ¿Mas a dónde voy?, ¿cómo la dejo abandonada así?... La hija de mis entrañas no

tiene más apoyo que su padre, y nunca puede hallarse en mayor aflicción... Tal vez van a decirle de repente que su esposo ha muerto en un cadalso... ¡y al saberlo el ángel mío, va a ahogarla su pena!... No; yo iré, yo iré... ahora mismo voy... ¡puesto que Dios lo ordena así, yo apuraré hasta las heces el cáliz de amargura!... (Se encamina hacia adentro.) No sé qué temblor es éste, que ni acierto siquiera a dar un paso... yo voy a consolarla y no puedo yo mismo con mi propio dolor. ¡Dios mío... Dios de mi vida... tú que ves lo que pasa en mi alma, ten compasión de mí!... ¡Por las muchas penas y trabajos que he padecido en este mundo... por la sangre que he derramado de mis venas, combatiendo contra los enemigos de tu ley... ¡por el dolor que sentiste Tú mismo, cuando viste al pie de la cruz a tu afligida Madre... consuela a este padre infeliz, o dale al menos fuerzas!

Fin del acto tercero

Acto cuarto

El teatro representa la plaza de San Marcos iluminada: en el fondo el palacio ducal, en cuyos salones se ve circular la gente, resonando de tiempo en tiempo los ecos de la música; a la puerta una guardia. En la plaza se descubren las dos famosas columnas, y todo el ámbito aparece lleno de grupos de gente, paseándose y divirtiéndose, la mayor parte con máscaras y disfraces, así como los conjurados, y algunos soldados de la república.

Escena I

EL COMANDANTE DE LA GUARDIA. - (A un grupo de gente, parado ante la puerta del palacio.) Divertirse, amigos, divertirse; pero sin estorbar el paso. (Sepárase el grupo.)

UN MARINERO. - ¿Qué rezas ahí entre dientes?

UN ARTESANO. - ¡Yo!... nada. (Acércase, y le dice con el mayor misterio:) Según van estos nobles, hasta la tierra les va a venir estrecha.

MARINERO. - ¿No sabes que soy sordo?...

ARTESANO. - ¿Y de cuándo acá?

MARINERO. - Si tienes secretos que decir, puedes buscar otro confesor.

ARTESANO. - ¡Calla!... ¿tienes miedo?

MARINERO. - Lo que es miedo, no... pero hace tres noches que sueño con aquellas columnas... ¿No sabes tú lo que hacen allí con los habladores?... (El otro vuelve la cara azorado.) No vuelvas la cara, tonto; no te agarra nadie. (Échase a reír y se va.)

Escena II

CONJURADO 1º. - (Mirando un listón, que lleva otro al brazo.) ¡Amigo!

CONJURADO 2º. - Las doce.

CONJURADO 1º. - ¿Color?

CONJURADO 2º. - Azul.

CONJURADO 1º. - ¿Caudillo?

CONJURADO 2º. - Mafei.

CONJURADO 1º. - ¿Ha entrado ya en el palacio?

.CONJURADO 2º. - Hace más de una hora.

CONJURADO 1º. - ¿Y los demás?

CONJURADO 2º. - También.

CONJURADO 1º. - A Dios.

CONJURADO 2º. - ¡Él sea con nosotros!...

(Danse la mano, sepáranse y mézclanse con la turba.)

Escena III

UNA MUJER DEL VULGO. - No tienes que cansarte; no me marchó de aquí en toda la noche.

MARIDO. - ¿De veras?

MUJER. - Desde la fiesta me voy a tomar la ceniza.

MARIDO. - ¿Sabes que puede ser que no necesites al cura?

MUJER. - ¿Por qué?

MARIDO. - Porque yo te la pondré en la frente.

MUJER. - ¡Miren un marido galán!... y de novio parecía un cordero...

MARIDO. - ¡Chito!...

MUJER. - Pero Dios me libre de aguas mansas...

MARIDO. - ¡Chito!

MUJER. - Y de hombre sin pelo de barba...

MARIDO. - ¡Chito! ¿No has de poder con esa lengua?... (A un máscara que los observa.)
Y tú, estafermo, ¿qué haces donde no te llaman?...

MÁSCARA. - Estoy viendo una cosa curiosa.

MARIDO. - Pues aquí no hay nada que ver.

MÁSCARA. - ¡Muchachos, venid... aquí hay un marido enfadado en carnestolendas!...
(Acude la turba alborozada.)

MARIDO. - (Al irse.) Diviértete esta noche, hija... mañana nos veremos las caras.

COMANDANTE DE LA GUARDIA. - (Acercándose al grupo.) ¿Qué era eso?

MÁSCARA. - Nada; un matrimonio bien avenido... (Gritando a la gente.) ¡Quién se casa...! (Separánse.)

Escena IV

UN MÁSCARA. - (Llamándole aparte.) ¡Capitán! (El MÁSCARA entreabre el dominó y deja ver una medalla al cuello.)

COMANDANTE. - ¡Sois vos!

MÁSCARA. - ¿Cuántos han entrado ya con el listón al brazo?...

COMANDANTE. - Hasta ahora unos ochenta.

MÁSCARA. - Entrar, todos; salir, ninguno.

COMANDANTE. - El que salga del palacio no ha de ser por la puerta, sino por el Puente de los Suspiros...

MÁSCARA. - ¿Ha llegado la demás tropa?

COMANDANTE. - Y toda está ya oculta.

MÁSCARA. - Así que desemboque el refuerzo de las islas, tomad las avenidas de enfrente y que nadie escape.

COMANDANTE. - En cuanto suene la señal de la caza... ya será buena la batida.

(Apártanse a un lado y hablan unos instantes en secreto, al ver venir una cuadrilla de máscaras, que se pone a bailar en medio de la plaza.)

Escena V

DAURO. - (Disfrazado de bastonero de la cuadrilla.) ¡A un lado!... ¡a un lado!... Si no hay espacio, ¿cómo han de bailar?

(Sepárase la gente, y forma alrededor una medialuna: principia el baile.)

UN CONJURADO. - (Dando la mano a DAURO.) ¿Se ha recibido alguna noticia de Rugiero?

DAURO. - ¡Pues qué, no ha parecido!

CONJURADO. - Hasta ahora no.

DAURO. - ¡Qué será!...

CONJURADO. - ¿Quién puede saberlo?

DAURO. - Él no es capaz de esconderse a la hora del peligro.

CONJURADO. - Sea lo que fuere, ya no es tiempo de volver atrás.

DAURO. - Más vale morir matando que a manos del verdugo. (Volviéndose a los músicos de la cuadrilla.) Más vivo, más vivo... si se duermen ya, ¿qué será después?

(Continúa el baile más alegre.)

CONJURADO. - A Dios: no olvides mi encargo, si me sucede una desgracia...

DAURO. - Ni tú tampoco el mío: escríbele al instante a mi hermano y que venga a consolar a mi pobre madre...

(Sepáranse.)

Escena VI

OTRO CONJURADO. - (Al ESPÍA 1.º, con dominó negro.) ¿A qué me miras tanto, si no me conoces?... (El ESPÍA le indica con la cabeza que sí.) Pues bien, dime quién soy. (Le contesta que no.) Una seña a lo menos... ¿cuántos disfraces he mudado? (Le señala con los dedos que tres; y vase al instante.) Aguarda, escucha... yo he de saber quién eres.

(El CONJURADO va a seguirle; el ESPÍA 2.º le sale de pronto al encuentro, se interpone entre ambos y le detiene.)

DAURO. - (Dando un golpe en el suelo.) Basta: dejemos el lugar a otros.

Escena VII

Cesa el baile y se aleja la cuadrilla, a tiempo que entran por el otro extremo de la plaza dos peregrinos de Jerusalén, uno más anciano que el otro.

UNO DEL PUEBLO. - ¡Buena va la danza!... hasta los peregrinos andan esta noche de huelga.

EL MARINERO. - ¿Y por qué no?... Hartos trabajos han pasado por allá los pobres... ¿Ves aquel más viejo?... Pues de milagro escapó en la Cruzada.

EL ARTESANO. - Nadie respirará, si nos dicen la relación de la Tierra Santa...

VARIAS VOCES. - ¡Nadie!... ¡nadie!

EL HOMBRE DEL PUEBLO. - Aquí, hermanos, aquí, donde todos oigamos...

EL MARINERO. - Más ruido armas tú solo que todas las mujeres.

(Colócanse los peregrinos en el centro; y todos escuchan con la mayor atención el siguiente coloquio:)

PEREGRINO ANCIANO

Oíd, cristianos, escuchad

la más lamentable historia,

que vivirá en la memoria

de una edad y otra edad:

Los soldados del Dios vivo

perecieron con valor;

y otra vez el Redentor

ve su sepulcro cautivo.

PEREGRINO MOZO

«¿Dónde está el Dios de esa gente?...

(El Saladino decía:)

Teñida en su sangre impía

va del Jordán la corriente;

y los que esclavos estén

sufriendo duras cadenas,

consuélese de sus penas

vuelta la vista a Belén.»

PEREGRINO ANCIANO

Calla, blasfemo: que el cielo

castiga a su pueblo fiel;

mas nunca niega a Israel

la esperanza y el consuelo:

tu ruina en breve será

del mundo salud y ejemplo;

y de Sión en el templo

nuevo canto sonará.

(Vese desembocar una turba, con mucha algazara.)

EL HOMBRE DEL PUEBLO. - ¡Silencio!

VARIAS VOCES. - ¡Silencio!

EL MARINERO. - ¿No hay quien haga callar a esos locos?...

Escena VIII

Acércase la turba; y los peregrinos se retiran hacia el fondo de la plaza, seguidos de alguna gente; la demás se queda a oír el canto. Un MÁSCARA, vestido con un disfraz jocoso, entona este cantar en medio del concurso:

MÁSCARA

Con el Carnaval

riñó la Cuaresma,

él gordo y alegre,

y ella triste y seca:

el pobre de ahíto

murió en la refriega;

y esta misma noche

dicen que le entierran.

VARIAS VOCES. - ¡Ea!

MÁSCARA

¡Pobre Carnaval,

qué noche le espera!

La vieja traidora

ya le abre la huesa:

toquen las campanas,

enciendan las velas,

y en coro cantando,

vamos a la fiesta.

VARIAS VOCES. - ¡Ea!

TODOS. - (Repiten en coro.) ¡Vamos a la fiesta!

Escena IX

TUMULTO. - (Empiezan a dar las doce en el reloj de S. Marcos; y a las primeras campanadas, arrojan el disfraz los conjurados, desnudan toda suerte de armas blancas, y gritan a una voz:) ¡Venecia y libertad!

(Los soldados de la guardia, los que había disfrazados entre el pueblo, y otros que asoman por las bocacalles, contestan al punto:) ¡Mueran los traidores!

(Se nota al mismo tiempo gran tumulto en los salones del palacio, y resuenan dentro los gritos de:) ¡Traición!... ¡traición!...

(Ciérranse de golpe las puertas: un senador aparece en el balcón de en medio, escoltado de dos soldados con picas, y despliega el estandarte de la república, clamando al pueblo:) ¡San Marcos y Venecia!... ¡viva la república!...

MUCHAS VOCES EN LA PLAZA. - ¡Viva!... ¡viva!

(Crece el estrépito y la confusión: suena una campana a vuelo, tocando a rebato, los conjurados y los soldados pelean un momento; el pueblo huye por todas partes.)

CONJURADOS. - ¡Nos han vendido!...

OTROS. - ¡Sálvese el que pueda!

SOLDADOS. - ¡A ellos!...

CONJURADOS. - ¡Al puente de Rialto!... ¡al puente!... (Ábrense paso: la mayor parte de la tropa los sigue.)

SOLDADOS. - ¡Mueran los traidores!

OTRAS VOCES. - (A lo lejos, y por el mismo lado por donde los conjurados se han ido:)
¡Mueran!...

(Sigue oyéndose adentro el estrépito de las armas.)

Escena X

COMANDANTE. - (Animando desde la plaza a los suyos.) ¡Corred, volad... y que no escape uno!

PEDRO MOROSINI. - (Sale del palacio ducal, seguido de los otros dos presidentes y atraviesa velozmente la plaza, diciendo:) ¡Al tribunal... al tribunal los que escapen con vida!

Fin del acto cuarto

Acto quinto

El teatro representa la sala de audiencia del Tribunal de los Diez, de aspecto opaco y lúgubre: en el promedio formará una especie de media luna, en que estarán colocados los jueces, los tres presidentes al frente, con una mesa delante, y los demás a los dos lados. A una punta, a la derecha de los jueces, y un poco más bajo, el asiento y bufete del SECRETARIO. Encima del estrado del tribunal habrá escrito: Justicia. A mano izquierda de los jueces se verá la puerta del cuarto del tormento, con este letrero: Verdad; y a la derecha otra, cubierta con una cortina negra, que conduce al cuarto del suplicio, encima esta palabra: Eternidad. A un lado y otro de la escena habrá varias puertas, por donde entran y salen los testigos y demás actores: una compuerta en el suelo indica la entrada de las cárceles subterráneas. Es de noche: una lámpara antigua alumbrá escasamente la estancia. Sobre la mesa de los Presidentes se ve un libro, una escribanía, la urna de los votos y un reloj de arena.

Escena I

PEDRO MOROSINI, los otros dos Presidentes, los Jueces, el SECRETARIO

SECRETARIO. - (Levantándose.) Si pareciese al tribunal, leeré las resoluciones acordadas, antes de extenderlas en debida forma.

(Los tres Presidentes indican consentir; y el SECRETARIO lee:)

«El cadáver de Marcos Querini, antiguo senador, muerto con las armas en la mano a la cabeza de los traidores, será expuesto al público en un cadalso afrentoso, entre las dos columnas.»

«Por lo que respecta a Jacobo Querini, si acaso sobreviviese a sus graves heridas, será degollado públicamente en la plaza para terror y ejemplo.»

«Se pregonará la cabeza de Boemundo Thiépolo y la de los demás prófugos; ofreciendo premios y mercedes al que los presentare muertos o vivos; y si fuese alguno de sus cómplices, indulto y perdón.»

«Se enviarán órdenes ejecutivas a los enviados de la república y a los agentes secretos de Tribunal en todas las naciones: donde quiera que se presentare Thiépolo o alguno de los principales reos, se ejecutará la sentencia de muerte contra ellos, o provocándolos a desafío bajo cualquier pretexto, o por algún medio oculto; pero cuidando luego de que llegue a entenderse que no han logrado escapar en ninguna parte de la tierra, al justo brazo del tribunal.»

«En cuanto a los demás nobles, promotores de la conjuración, queda a la prudencia y discernimiento del tribunal determinar los que hayan sido más culpables, o los que ofrezcan para lo porvenir motivos más fundados de temor y sospecha: éstos serán ajusticiados en el cuarto secreto del tribunal, y sus cadáveres expuestos, cubiertos con un velo negro y este letrero al pecho: traidor a la República.»

«Los nobles de menos valer serán desterrados y enviados separadamente a las islas más distantes y a las regiones menos sanas pertenecientes a la República, bajo pena de muerte, si volviesen a presentarse en Venecia.»

«Los marineros y soldados, los artesanos y gente vulgar que, seducidos por los descontentos, han tomado parte en la conjuración, serán tratados con indulgencia para no hacer odiosa la justicia con tantos castigos. Se concederá a todos gracia de la vida; pero los más díscolos y bulliciosos serán ahogados de noche en el canal de Orsano.»

«Los soldados de Padua, que rindieron las armas antes de combatir, y los rebeldes que se entregaron en el puente de Rialto, al proclamar el Dux amnistía y olvido, no serán procesados ni perseguidos por ahora: sólo se cuidará de observar su conducta, para castigarlos severamente a la más leve falta; enviándolos desde luego a la armada y ejército, para que purguen su delito en las empresas más arriesgadas.»

«Quedan proscriptas, de ahora y para siempre, la familia de los Thiépolos y la de los Querinis: sus nombres y sus armas se borrarán por mano del verdugo donde quiera que se encontraren; sus palacios serán arrasados, destruidos sus cimientos, y hasta los escombros y el polvo arrojados al mar. Jamás podrán reedificarse sus casas, ni renovarse su apellido, ni pisar el territorio de la República ninguno de sus descendientes: ellos, y sus hijos, y los que de ellos nacieren, hasta la última generación, quedan condenados perpetuamente a la execración pública.»

MOROSINI. - Es necesario pasar inmediatamente al Dux copia reservada de todo lo que resulta contra el embajador de Génova, como uno de los principales autores de tan infernal trama. Así se logrará que se renueven con más empeño las muestras y protestas de amistad, a fin de alejar toda sospecha de resentimiento, ínterin se reúnen los medios necesarios para vengar con las armas el agravio hecho a la República.

PRESIDENTE 2º. - También sería yo de dictamen se propusiese al Dux y a su consejo, que vista la gravedad del caso presente y que casi de milagro se ha salvado Venecia, se establezca un aniversario solemne, para dar gracias al Altísimo en semejante día, por tan señalada merced.

PRESIDENTE 3º. - Me parece esa resolución tanto más acertada, cuanto conviene grabar en el ánimo del pueblo la memoria de este ejemplar, y recordarle que hay una Providencia que vela por la conservación de los imperios.

JUECES. - Aprobado... aprobado.

SECRETARIO. - Falta por dar la sentencia contra Rugiero... aprehendido como uno de los fautores de la conjuración, la noche antes que estallase.

PRESIDENTE 2º. - ¿Está todo pronto para celebrar el juicio?...

SECRETARIO. - Todo.

MOROSINI. - Mas si al tribunal le pareciere suspender por ahora...

PRESIDENTE 2º. - ¿A qué?... Los magistrados descansan administrando justicia.

(Todos dan muestras de conformarse.)

MOROSINI. - Ábrese el juicio.

SECRETARIO. - (Siéntase.) Después de cotejar detenidamente las dos declaraciones de los ministros secretos del tribunal, que éste ha oído ya en su anterior audiencia, resultan del todo conformes, sin que discrepen en la circunstancia más mínima. Uno y otro la ha ratificado después con juramento, sometiéndose, en caso de ser falsas, a la pena de los calumniadores.

Así de su contexto como de los demás indicios, resultan contra Rugiero los tres cargos siguientes: (Lee.) «1.º Haberse reunido de secreto con los autores de la conjuración en el palacio del embajador de Génova y en el de la familia Querini. 2.º Haber manifestado él mismo ser uno de los principales conspiradores, diciéndolo así a Laura Morosini, hija del senador del propio nombre, pocos momentos antes de ser aprehendido por los ministros del Tribunal. 3.º Haber efectivamente seducido y ganado a los extranjeros que militan bajo sus banderas, a fin de que volviesen contra la República las mismas armas que ésta les confiara para su defensa.»

El primer testigo, vehementemente indiciado de complicidad, es el soldado Julián Rossi, que ha acompañado a Rugiero en todas sus empresas y que habitaba en su misma casa.

MOROSINI. - Comparezca.

(Toca la campanilla, preséntase un subalterno del tribunal, recibe en secreto la orden del SECRETARIO, y va por el testigo.)

Escena II

Dichos, ROSSI

SECRETARIO. - ¿Cómo te llamas?

ROSSI. - Julián Rossi.

SECRETARIO. - ¿Qué edad tienes?

ROSSI. - Cuarenta y tres años.

SECRETARIO. - ¿De dónde eres natural?

ROSSI. - De Módena.

SECRETARIO. - ¿Tu profesión?

ROSSI. - Las armas.

SECRETARIO. - ¿Cuánto tiempo ha que entraste al servicio de Venecia?

ROSSI. - Cuatro años... poco más o menos.

SECRETARIO. - ¿Con qué capitán?

ROSSI. - Con Rugiero.

SECRETARIO. - ¿Le conocías mucho tiempo antes?

ROSSI. - ¡Si le conocía!... y le quería como si fuese mi hijo.

SECRETARIO. - ¿Qué relaciones tan íntimas han mediado entre ambos, para ser tú el único que morase con él?

ROSSI. - Eso sería largo de contar... Él me había salvado la vida en el combate de Ferrara... no es como otros condottieros, no; por salvar a cualquiera de los suyos, derrama él su sangre... y yo, como hombre agradecido, le había pedido un favor no más... no apartarme de él en mi vida. ¿Hay en eso algo de malo?... Él es tan bondadoso que me dijo que sí.

SECRETARIO. - ¿Qué personas entraban en su casa?

ROSSI. - Muchas.

SECRETARIO. - ¿Quiénes?

ROSSI. - Sus soldados para bendecirle; y los infelices que socorría.

SECRETARIO. - ¿Mas no tenía trato ni comunicación con algunas personas sospechosas?... ¿Por qué no responde?

ROSSI. - Porque no entiendo esa pregunta.

PRESIDENTE 2º. - ¿Sabes la pena que te aguarda, si faltas en un ápice a la verdad?

ROSSI. - Señor, yo no faltó a ella... ¿pero cómo he de decir lo que no sé?

SECRETARIO. - ¿No recuerda haber dicho, hace poco tiempo, que estaba pronto a obedecer las órdenes de Rugiero, en cierta empresa muy aventurada?...

ROSSI. - ¡Yo!... No me acuerdo de haber dicho tal cosa.

SECRETARIO. - Una noche...

ROSSI. - No por cierto.

SECRETARIO. - Delante de una mujer...

ROSSI. - Menos.

SECRETARIO. - Estando aún sentado a su mesa...

ROSSI. - No me acuerdo, a fe mía; pero si he dicho que haría cuanto mi capitán me mandase, es la pura verdad: yo nunca niego lo que siento.

SECRETARIO. - ¿Y si Rugiero hubiese tramado alguna conspiración contra la República?... (No responde ROSSI; los jueces redoblan su atención.) También estaba pronto a obedecerle... ¿no quiere decir eso con su silencio?

ROSSI. - (Con viveza.) No, señor, no... cuando yo callo, no digo nada.

SECRETARIO. - ¿Pero y si Rugiero se lo hubiese mandado?

ROSSI. - Mi capitán nunca manda lo que no debe hacerse.

SECRETARIO. - ¿Y si por casualidad lo hubiese hecho esta vez?

ROSSI. - Pero, señor, si eso no es posible...

SECRETARIO. - El testigo se hubiera apresurado a delatarle al Tribunal... ¿no es verdad?
¿A qué baja los ojos?

ROSSI. - Si dice el señor juez unas cosas, que hacen sonrojarse a un hombre de bien.

SECRETARIO. - Aquí son vanos esos subterfugios... responda terminantemente sí o no.

ROSSI. - (Con resolución.) Pues, señor, yo no delato a nadie... y a mi capitán, menos.
(Toca MOROSINI la campanilla, sale el subalterno, recibe una orden al oído y se acerca a ROSSI.) Esto me da a entender que ya puedo irme... pero yo quisiera pedir al tribunal un favor... yo no tengo mujer ni hijos... pueden hacer de mí lo que quieran... ¡así como así esta vida vale tan poco!... Mas sentiría irme de este mundo sin ver la cara de mi capitán, y sin darle un abrazo... Yo no le diré ni una sola palabra... aunque sea con una mordaza en la boca... nada más que verle y apretarle la mano... Hemos visto la muerte muchas veces juntos, y ya nos entendemos. (El PRESIDENTE 2.º hace seña de que le retiren; y él dice, yéndose:) ¡Pobre capitán mío... ya no te volveré a ver, como no sea en el cielo!

(Vuelven a entrarle por la misma puerta por donde le trajeron.)

Escena III

Dichos, menos ROSSI

SECRETARIO. - También resulta otra prueba contra Rugiero de la confesión de Mafei... a pesar de su obstinado silencio, le nombró entre sus cómplices, a la séptima vuelta del tormento.

MOROSINI. - ¿Se sabe si ha vuelto en sí?...

SECRETARIO. - Es probable...

MOROSINI. - Pues venga a ratificar su declaración, para que puedan tener fuerza.

(Toca, viene el subalterno, y va por MAFEI.)

Escena IV

Dichos, MAFEI (Le sacan del cuarto del tormento.)

MOROSINI. - ¡Juan Mafei!... De orden del tribunal va a leerse en tu presencia la confesión que has hecho, nombrando a tus cómplices... Óyela con atención, y ratifícala con juramento, si la hallares conforme a la verdad: ¡así Dios te ayude!

SECRETARIO. - (Lee.) «Juan Mafei, natural de Verona, comprendido en la causa de conjuración contra la República, y vehementemente indiciado de haber sido uno de sus principales promovedores, fue puesto en el tormento, a las once de la mañana de este día; y al cabo de media hora, a la séptima vuelta, después de pedir por Dios que le dejaran respirar siquiera, ofreció declarar los cómplices de su delito... Accedió el juez a su demanda, amenazándole con aumentar el rigor de la prueba, si faltaba a la verdad que de él se exigía; y hallándose en el mismo potro, nombró como principales conspiradores a los patricios Marcos y Jacobo Querini, a Boemundo Thiépolo, a Andrés Dauro, y al llamado Rugiero... Visto lo cual, y que a los pocos instantes perdió el conocimiento, se suspendió la prueba, y se dio aquel acto por fenecido.»

PRESIDENTE 2º. - ¿Se ha enterado el reo del documento que acaba de leerse?

MAFEI. - Sí señor.

PRESIDENTE 2º. - ¿Lo halla en un todo conforme a la verdad?

MAFEI. - No sé.

PRESIDENTE 2º. - ¿Pero no ha nombrado él mismo clara y distintamente a los ya mencionados, como sus principales cómplices?

MAFEI. - No lo recuerdo.

PRESIDENTE 2º. - Consta sin embargo...

MAFEI. - Será así.

PRESIDENTE 2º. - ¿Conque está de acuerdo en que los ha nombrado?

MAFEI. - Mi boca puede ser... yo no.

PRESIDENTE 2º. - ¿Y no responde el hombre de lo que su boca pronuncia?

MAFEI. - De lo que he dicho en el tormento responderá el verdugo.

PRESIDENTE 2º. - En el mero hecho de nombrarlos, tu conciencia te los sugería...

MAFEI. - No sino mi dolor.

PRESIDENTE 2º. - ¿Y por qué nombraste a éstos, y no a otros?

MAFEI. - Porque en aquel instante no me ocurrieron vuestros nombres.

(Silencio.)

MOROSINI. - ¡Juan Mafei!... El tribunal juzga sin pasión y sin ira: ni las súplicas le ablandan, ni los insultos le exasperan. Piensa en tu situación; y que dentro de breves horas, tal vez tendrás que ir a dar estrecha cuenta de todas tus acciones y palabras...

MAFEI. - Ya lo sé.

MOROSINI. - Sondea bien tu pecho; y responde la verdad, como si ya estuvieses en presencia de Dios.

MAFEI. - A Él le responderé... a vosotros no.

MOROSINI. - ¿Por qué?

MAFEI. - Porque no temo vuestro castigo, y confío en su misericordia.

PRESIDENTE 3°. - Por tercera y última vez se te requiere que declares tus cómplices.

MAFEI. - Sólo he tenido uno.

PRESIDENTE 3°. - ¿Quién?

MAFEI. - Mi conciencia.

PRESIDENTE 3º. - ¿Tu conciencia pudo incitarte a conspirar contra el estado?

MAFEI. - Mi conciencia me dicta que los enemigos de Dios son los míos.

PRESIDENTE 3º. - ¿Y quién te ha designado a los enemigos de Dios?

MAFEI. - Quien le representa en la tierra.

PRESIDENTE 3º. - ¿Ignoras a lo que te expones, si prosigues en tu obstinación?

MAFEI. - Sólo deseo morir.

PRESIDENTE 3°. - Ni aun eso se te concede por ahora.

(Toca la campanilla; y así que sale el subalterno, le indica con la mano que vuelva a conducirlo al cuarto del tormento.)

MAFEI. - (Gritando despavorido.) ¡Otra vez!... (El subalterno le manda que le siga.)
¡Dadme sufrimiento, Dios mío... y si expiro del dolor, recíbeme en tus brazos!

Escena V

Dichos, menos MAFEI

SECRETARIO. - Ya no falta sino la declaración de Laura Morosini, a quien el mismo reo reveló su delito.

PRESIDENTE 2º. - ¿Se le ha mandado comparecer?

SECRETARIO. - Han opuesto mil obstáculos para no obedecer la orden; pero ya está aguardando en la sala secreta.

PRESIDENTE 2º. - (Al subalterno, que ya de vuelta, va a cruzar el teatro.) Id por ella al punto.

Escena VI

Dichos, LAURA

Laura viene acompañada de MATILDE, ambas cubiertas con el velo veneciano: al presentarse ante el tribunal, MATILDE descubre a su ama, y el subalterno le indica que no puede estar presente y que se retire con él, como lo ejecuta. LAURA aparece demudada y atónita, como si su razón se hubiese perturbado. Durante el interrogatorio, MOROSINI tiene inclinada la cabeza, apoyada sobre ambas manos.

PRESIDENTE 2º. - ¿Cómo os llamáis?

LAURA. - Laura... esposa de Rugiero.

PRESIDENTE 2º. - No es eso lo que se os pregunta; sino meramente vuestro nombre.

LAURA. - ¡Mi nombre!... Yo creí que lo sabíais; todos lo saben en Venecia y me compadecen... ¡me ven tan desgraciada!

PRESIDENTE 3°. - No os aflijáis, señora... el tribunal sólo trata de cumplir con su deber, mas no de molestaros.

LAURA. - A mí nadie me quiere mal... ¡pobre de mí!... yo a nadie le he hecho daño... ¡Sólo aquellos malvados han podido tratarme así!... ni aun siquiera me socorrieron, al verme expirar; y se llevaron al infeliz, que les pedía por Dios que le dejaran... Pero mi padre va a encontrarle, y a traerle otra vez a mis brazos: ¡hoy mismo, hoy mismo va a saber todo el mundo que soy esposa de Rugiero!

PRESIDENTE 2°. - Procurad serenar vuestra imaginación, para que podáis responder acorde a las preguntas que es forzoso haceros.

LAURA. - Yo responderé a todo... ya no lo niego... ¿a qué?... Mi padre nos ha perdonados y va a unirnos por toda la vida... ¿quién tiene en la tierra el derecho de separarnos?...

PRESIDENTE 2º. - ¿Cuál es la última vez que habéis visto a Rugiero?

LAURA. - ¡La última!... ¿Por qué?... Si él va a volver, y sabe ya que yo estoy muriéndome... No me dejará así, no... ¿Cómo había de tener corazón para eso?

PRESIDENTE 3º. - Moderad vuestra aflicción, señora; y procurad tener más ánimo.

LAURA. - Si yo supiera de cierto que volvía... pero, ¿y si me engañan?... Tal vez me lo dicen sólo por consolarme... ¿No es verdad?... Yo le he llamado toda la noche a gritos, y no me respondía... ¡Aunque estuviese en el fin del mundo, hubiera oído a su Laura!

PRESIDENTE 2º. - ¿Y de qué os habló Rugiero esa vez... cuando le hablasteis en el panteón?

LAURA. - ¿De qué me había de hablar?... De nuestros amores. ¡Nos veíamos tan pocas veces, y ésas con tanto afán!... Ni aun tuve tiempo de darle mi retrato, con que iba a

sorprenderle al despedirnos... Pero aquí lo traigo, aquí, sin que lo sepa nadie; y voy a dárselo, en cuanto le vea... ¡Él me jurará llevarlo siempre en el pecho, aunque viva mil años; y después de su muerte, se lo hallarán sobre el corazón! (Quédase de pronto muy abatida.)

MOROSINI. - El juicio de esa infeliz parece perturbado; y juzgo inútil atormentarla más.

PRESIDENTE 2º. - Pero tal vez se pudiera...

PRESIDENTE 3º. - Es en vano: su testimonio no puede ser válido; y las pruebas abundan.

(Morosini toca la campanilla y aparece el subalterno, seguido de MATILDE: LAURA corre hacia ella.)

Escena VII

Dichos, MATILDE

LAURA. - ¿Ha parecido ya?...

MATILDE. - Ven, hija mía...

LAURA. - No me engañes, por Dios, no me engañes... ¡mira que me muero, si luego no es verdad!

PRESIDENTE 2º. - (Al subalterno.) Retíradlas a ese aposento, ínterin se concluye el juicio. (Señala hacia una de las puertas.)

LAURA. - ¿Está ahí?... Bien me lo decía mi corazón, que no estaba lejos... Vamos, Matilde, vamos... ¿Por qué lloras? ¡Yo voy a abrazarle primero!

(Vase precipitadamente, seguida de MATILDE: el subalterno las acompaña, y vuelve a presentarse.)

Escena VIII

Los dichos, menos LAURA y MATILDE

PRESIDENTE 2º. - Me parece que ya es tiempo de tomar la confesión al reo...

MOROSINI. - Traedle.

(Entra el subalterno por la compuerta que está en el suelo.)

SECRETARIO. - Desde esta mañana se le ha trasladado a los pozos, por negarse a declarar y a tomar alimento.

PRESIDENTE 2º. - También faculté al alcaide, para que pudiese valerse de apremios...

PRESIDENTE 3º. - Pero supongo que no se habrá echado en olvido el estado de postración en que se halla...

PRESIDENTE 2º. - El alcaide sabe su obligación.

MOROSINI. - ¡Secretario!... Tomad, para que preste el juramento con arreglo a las leyes.

(El SECRETARIO toma el libro que le entrega MOROSINI.)

Escena IX

Dichos, RUGIERO

Sale primero el subalterno, y después el alcaide ayudando a subir a RUGIERO: y éste se muestra desfigurado y abatido, con el mismo traje de baile con que fue preso y una cadena al cuerpo.

SECRETARIO. - (Al subalterno y al alcaide.) Acercadle.

(El SECRETARIO presenta el libro abierto a RUGIERO, y éste pone la mano sobre él.)

SECRETARIO. - ¿Juráis a Dios y a sus santos Evangelios decir verdad en cuanto fuereis preguntado, aunque os vaya en ello la vida?

RUGIERO. - Sí juro.

SECRETARIO. - ¡Si así lo hicieris, Dios os lo tenga en cuenta; y si fuereis perjuro, ni evitaréis el castigo de los hombres, ni otro mayor en la eternidad!

(Dejan a RUGIERO en el banquillo de los reos, frente por frente del SECRETARIO, y se retiran el subalterno y el alcaide.)

MOROSINI. - ¿Tu nombre?

RUGIERO. - Rugiero.

MOROSINI. - ¿Tu edad?

RUGIERO. - Veintiséis años.

MOROSINI. - ¿Tu patria?

RUGIERO. - (Con tono abatido.) Ni yo mismo lo sé.

MOROSINI. - ¿Pero, dónde has nacido?...

RUGIERO. - Lo ignoro.

MOROSINI. - ¿Y cómo puedes ignorarlo?...

(RUGIERO inclina la cabeza y no contesta.)

¿De dónde eran tus padres?

RUGIERO. - ¡Mis padres!... (Lleva las dos manos al rostro.)

MOROSINI. - ¿Por qué lloras?... ¿Te viven aún?

RUGIERO. - Yo no los he conocido en mi vida...

MOROSINI. - ¿Pero de qué familia eres?...

(Calla RUGIERO.)

No tengas rubor en decirlo.

RUGIERO. - Yo no he tenido, desde que nací, más amparo que el de la Providencia.

MOROSINI. - Según eso, te abandonaron tus padres...

RUGIERO. - No fueron tan crueles... ¡es la única desdicha de que me ha preservado Dios!... Murieron los infelices en un barco, el mismo día en que yo caí cautivo.

MOROSINI. - ¿Qué dices?... ¿Has sido tú cautivo?

RUGIERO. - ¡Lo fui en mi niñez... para que no tuviera en esta vida ni un solo día feliz!

PRESIDENTE 2º. - ¿Y qué nos importan sus desgracias?... Se trata sólo de su delito.

MOROSINI. - Sigue, Rugiero, sigue... ¿Cómo te apresaron? ¿en qué paraje? ¿dónde te condujeron?

RUGIERO. - Yo no recuerdo nada... ¡tenía tan poca edad!... sólo sí que me hallaba en Alejandría, cuando me rescató de limosna un religioso de la Redención.

MOROSINI. - ¿Pero no adquiriste noticia alguna acerca de tu familia y de tu patria?...

RUGIERO. - El santo religioso hizo cuanto pudo para averiguar quién yo fuese... pero no supo nada.

MOROSINI. - Nada absolutamente...

RUGIERO. - Solo sí que me cautivaron en un buque griego, al tocar ya las costas de Candía...

MOROSINI. - ¡De Candía!...

RUGIERO. - Casi todos los cristianos perecieron en el combate; y a mí me hallaron desangrándome en el mismo seno de mi madre... ¡Por qué no tuve la dicha de morir con ella!

PRESIDENTE 3º. - ¿Qué hacéis?...

MOROSINI. - (Saliendo de su asiento.) Dejadme, dejadme... Rugiero... ¿es verdad cuanto has dicho?

RUGIERO. - ¿Y qué interés tendría en engañaros?...

MOROSINI. - (En medio del teatro.) Mírame, Rugiero, mírame... ¿no te dice nada tu corazón?

RUGIERO. - (Levantándose.) Que vais a firmar mi sentencia.

MOROSINI. - No, hijo, no... ¡ten piedad de tu padre!

(Va a abrazar a RUGIERO, quien se aparta sorprendido, y MOROSINI cae desplomado. El SECRETARIO acude a socorrerle; algunos jueces se levantan de sus asientos; el PRESIDENTE 2.º toca la campanilla, y salen el subalterno y el alcaide.)

PRESIDENTE 2º. - Llévadle al palacio por el puente secreto; y que se le suministren los auxilios que reclama su situación. Continúa el juicio.

(El subalterno y el alcaide se llevan a MOROSINI.)

Escena X

Dichos, menos MOROSINI

RUGIERO. - (Que habrá permanecido inmóvil y como abismado en sí.) ¿Será posible, Dios mío, será posible?... No, no; tú no eres como los hombres; y no habías de concederme, a esta hora, lo que te pedí en vano tantas veces...

PRESIDENTE 2º. - ¿Dónde estuviste hace cuatro noches, Rugiero?

RUGIERO. - ¡Si fuera ése mi padre... si la misma sangre de Laura es la que corre por mis venas... si lo sabe la infeliz cuando sepa mi muerte!...

PRESIDENTE 2º. - ¿Por qué no contesta?... ¿Cree acaso con su silencio desvanecer los cargos?

RUGIERO. - ¡Y tal vez él mismo ha contribuido a mi ruina... y ha reconocido a su hijo, para verle expirar en un cadalso!...

PRESIDENTE 3º. - ¡Rugiero!... por tu propio interés, vuelve en ti y no abandones tu defensa... ¡Mira que los momentos son preciosos; y que no volverán, si los pierdes!

PRESIDENTE 2º. - ¿Dónde estuviste hace cuatro noches? ¿Con quién hablaste? ¿De qué se trató?... Responde.

RUGIERO. - Todo cuanto hayan dicho, todo es cierto: dejadme.

PRESIDENTE 2º. - ¿Es cierto que has conspirado contra la república?

RUGIERO. - Si lo sabéis, ¿a qué lo preguntáis?...

PRESIDENTE 3º. - Pesa, Rugiero, pesa bien tus palabras...

RUGIERO. - Yo no sé mentir ni faltar a mis juramentos.

PRESIDENTE 2º. - ¿Lo habéis oído?... Basta.

(Toca la campanilla: salen el subalterno y el alcaide y se llevan a RUGIERO por una de las puertas laterales.)

Escena XI

Dichos, menos RUGIERO

PRESIDENTE 2º. - (En pie y leyendo la fórmula en el libro; todos los jueces se levantan.)
«Ministros de este tribunal, a quienes ha confiado la república la balanza y la espada,
¿juráis pronunciar el fallo según lo que vuestra conciencia os dictare, sin miramiento
humano, atendiendo sólo a la vindicta pública y al desagravio de las leyes?»

JUECES. - Sí juramos.

PRESIDENTE 2º. - «Poned la mano derecha sobre el corazón... el corazón libre de temor y
esperanza, y la mano limpia de sangre inocente»

JUECES. - Así lo hacemos.

PRESIDENTE 2.º - «¡Y si así no lo hicieris, Dios os lo demande estrechamente, en el día que no tendrá fin!» (El SECRETARIO toma la urna y la va pasando delante de los jueces, que echan en ella una bola negra.) (El PRESIDENTE 2.º reconoce luego los votos, y pronuncia en pie la sentencia:)

Muerte. (Escribe unas palabras en un papel, graba en él el sello del Tribunal y le entrega enseguida al SECRETARIO: éste lo lleva al cuarto del suplicio y sale después de unos instantes.)

(En el ínterin, el PRESIDENTE 2.º toca la campanilla; y el subalterno y el alcaide sacan otra vez a RUGIERO.)

Escena XII

Dichos, RUGIERO

PRESIDENTE 2º. - ¡Rugiero!... el tribunal te ha juzgado reo de conspiración contra la república; y acaba de condenarte a la pena de los traidores...

(RUGIERO se estremece: el PRESIDENTE vuelve del otro lado el reloj de arena.)

Prepárate a comparecer, dentro de breves instantes, ante el tribunal de Dios... Los hombres te han condenado en su justicia; ¡Él te mire con misericordia!

(Silencio.)

¿Tienes algo que declarar?

RUGIERO. - Nada... Sólo quisiera pedir una gracia, que haría menos amargos mis últimos momentos...

PRESIDENTE 2º. - ¿Qué es lo que quieres?

RUGIERO. - ¡Hablar a solas con el presidente Morosini... y no llevar al sepulcro esta duda cruel!...

PRESIDENTE 2°. - No puede ser, Rugiero... después de condenado, sólo es lícito al reo hablar con el ministro de la religión que le consuela en ese trance.

RUGIERO. - ¡Un instante siquiera... saber si me dio el ser... y tener la satisfacción, una vez en mi vida, de abrazar a mi padre!

PRESIDENTE 2°. - Imposible, imposible.

RUGIERO. - ¡Por Dios... concededme esa gracia, y... os perdono!... ¿Qué más queréis de mí?...

PRESIDENTE 3°. - No está en manos del tribunal acceder a tu súplica... cree que si estuviese, no se te negaría.

RUGIERO. - Yo no quiero retardar mi muerte... Sólo verle, echarme a sus pies, y pedirle que no abandone a una desdichada... ¿No tenéis ni padres ni esposas?...

PRESIDENTE 2º. - En este lugar no somos sino ministros de las leyes.

RUGIERO. - ¿Y qué ley hay en el mundo, que prohíba a un hijo abrazar a su padre?... ¡Yo no os pido nada más... nada más... recibir la bendición de mi padre, y entregar mi alma a Dios!

PRESIDENTE 2º. - No pierdas el tiempo en vano... ¡cada grano de arena que ves caer, es un instante de tu vida!

RUGIERO. - Ya lo sé... ¿Creéis que es el temor de la muerte el que me hace derramar estas lágrimas?...

PRESIDENTE 2º. - Ejecutad sin tardanza las órdenes del tribunal.

(El SECRETARIO indica a RUGIERO que le siga: el subalterno y el alcaide se colocan a sus dos lados.)

RUGIERO. - ¡De cierto es mi padre... es mi padre... cuando no logro, ni al morir, el consuelo de verle! (Al ir ya cerca del cuarto del suplicio, se detiene, y levanta la voz.)

¡A Dios, padre mío!... ¡A Dios! ¿Cómo no oyes la voz de tu hijo?...

Escena XIII

Dichos, LAURA, MATILDE

LAURA, al escuchar ese acento, abre de pronto la puerta del cuarto inmediato y se arroja en brazos de RUGIERO: los jueces se levantan sorprendidos: MATILDE sale detrás de su ama.

LAURA. - ¡Ya estás aquí!

RUGIERO. - ¡Laura!...

PRESIDENTE 2º. - (Saliendo fuera del estrado.) Separadlos al punto.

LAURA. - ¡Toma, Rugiero, toma; guárdalo mientras vivas! (Le mete en el pecho su retrato.)

RUGIERO. - Dios mío de mi alma... ¡qué os ha hecho este infeliz!

PRESIDENTE 2º. - ¿A qué aguardáis?... ¡Obedeced o temblad!

(El subalterno y el alcaide se llevan por fuerza a RUGIERO; el SECRETARIO y MATILDE separan a LAURA, y la alejan a alguna distancia.)

LAURA. - No, no... ¿Por qué me arrancáis a mi esposo?...

RUGIERO. - A Dios, Laura mía... ¡No olvides a tu Rugiero, y pide a Dios por él!

LAURA. - ¿Dónde te llevan?... Mira que mi padre nos está esperando...

RUGIERO. - ¡Tu padre!... ¡Dile al mío que ya no tiene hijo!...

LAURA. - (Desasiéndose de los otros, y corriendo tras él.) Oye, Rugiero...

RUGIERO. - (Con voz desmayada.) ¡A Dios!...

(Al entrarle en el cuarto del suplicio, descórrese la cortina: descubre LAURA el patíbulo, cae hacia atrás exánime, y MATILDE la recibe en sus brazos.)

LAURA. - ¡Jesús mil veces!

Fin del drama

Apuntes sobre el drama histórico

Al tantear varias sendas en la carrera dramática, no se me ha dejado de ocurrir con harta frecuencia cuán difícil sea llegar, por cualquiera de ellas, al término deseado; pero ha contribuido a alentarme en mi propósito el pesar con que miro la decadencia y abandono en que yace el teatro español, y el anhelo de contribuir, en cuanto mis cortas fuerzas alcancen, a estimular el ánimo de los jóvenes, procurando encaminar sus pasos. Este mismo fin me mueve ahora, con motivo de las composiciones contenidas en este volumen, a exponer brevemente algunas reflexiones sobre el drama histórico, que tal vez sean de algún provecho; y aun dado caso que me engañe mi buen deseo, él propio bastará a disculparme.

Inútil de todo punto sería empeñarse ahora en defender la existencia de tales dramas; ¿quién osará en el día condenarlos, porque no se hallen expresamente comprendidos en la sabida distinción de Aristóteles o de Horacio?... Estos dos célebres maestros tenían sobrado talento y saber para que hubiesen intentado fijar con estrechez mezquina los límites del arte; siendo así que no hicieron, por el contrario, sino deducir máximas y reglas, examinando las bellezas de las obras de genio que en su tiempo existían. Basta pues que el drama histórico posea la condición esencial de reunir la utilidad y el deleite, para que deba hallar en el teatro acogida y aceptación; y cierto que pocas composiciones habrá que puedan ser de suyo tan instructivas, y ofrecer al ánimo un desahogo tan apacible. Aun leyendo meramente la historia, nos cautivan por lo común aquellos pasajes a que ha dado el autor una forma dramática, y en que nos parece que los personajes se mueven, obran, hablan por medio del diálogo; ¿qué será pues cuando veamos representado al vivo un suceso importante, y que casi creamos tener a la vista a los personajes mismos, seguir sus pasos, oír su acento?...

Tan natural y tan antigua en España es la afición a esta clase de composiciones, que es cosa digna de notarse que aún no había salido de mantillas el arte dramática, hallándose todavía en manos de los mismos representantes, cuando ya se atrevieron algunos a ofrecer en las tablas, al lado de burlas y farsas, imitaciones de hechos históricos, sobrado sencillas y groseras, cual era de esperar. Y si muy temprano había mostrado el teatro español tan ambiciosas pretensiones, no era de creer las abandonase luego, justamente en época en que la nación acometía las más arduas empresas, y en que las armas y las letras se mostraban émulas de gloria. No más tarde que a fines del siglo XVI, publicó Juan de la Cueva su Ejemplar poético; y explayándose con laudable complacencia en el elogio del teatro español, al que da desde luego la palma, como que quiso en pocos versos indicar sus abundantes riquezas, clasificando sus varias composiciones de esta suerte:

En sucesos de historia famosas,

En monásticas vidas, excelentes,

En afectos de amor maravillosas...

Si se ha dicho, y en mi concepto fundadamente, que la literatura de una nación es el reflejo de la sociedad, cierto que rara vez se habrá visto muestra más señalada. Un pueblo emprendedor, belicoso, avezado a hazañas y aventuras, debía hallar sumo agrado en ver representados en la escena los hechos célebres que habían cautivado su imaginación: resintiéndose todavía de la infancia del arte, pagando su tributo, como todas las naciones, al espíritu del siglo y más animado que otros de celo religioso (confundido por espacio de ocho siglos con el honroso anhelo de independencia y gloria), no es extraño que el pueblo español se apegase con tanto ahínco a los varios géneros de composiciones sagradas, que fueron como una plaga de nuestro teatro; y ya se deja entender también, sin necesidad de explicación ni pruebas, cuánto crédito y aplauso debieron obtener por su parte, en una nación tan dada a galanteos, las composiciones dramáticas que versaban sobre asuntos y lances de amores.

Limitándonos ahora a nuestro propósito, cuando poco después de Juan de la Cueva tomó tan rápido vuelo el teatro español, gracias al impulso de Lope de Vega, y cuando Calderón

y otros autores célebres lo levantaron luego a su mayor altura, creció a la par la afición a las composiciones históricas, concurriendo a ello de consuno el gusto de la nación y la inclinación de los poetas. Según hemos insinuado en otro lugar, los dramáticos españoles tenían en general más genio que cordura, y más talento que instrucción; así es que se sentían más inclinados a presentar en las tablas hechos que despertasen la curiosidad, a encadenarlos con sagaz artificio, y a arrastrar en su rápido curso el ánimo de los espectadores, que no a trabajar con detenimiento y afán para desarrollar una pasión, sondeando sus secretos en lo íntimo del corazón humano, o para pintar un carácter con todas sus sombras y matices.

Empero las mismas causas que estimulaban a nuestros dramáticos a dedicarse de buen grado a composiciones históricas, les impedían aventajarse mucho en ellas: no hay hecho grave, por sencillo que sea, que no exija, para comprenderlo a fondo y ponerlo de bulto, largo estudio y profunda meditación; y nuestros poetas, lejos de sujetarse a tan penoso trabajo, preferían lucir su fácil inventiva y dejar campea su lozano ingenio. Faltos los más de la competente instrucción, se les ve incurrir a veces en errores manifiestos, como los que notó el sensato Luzán aun en los autores de más fama; y si se exponían a cometer hasta faltas groseras de geografía y de historia, no era de esperar que se empeñasen, a costa de vigiliyas y esmero, en trasladar fielmente aquella fisonomía peculiar, por decirlo así, que presenta cada siglo, cada nación, cada hombre.

Así es que de nuestros antiguos dramáticos casi puede afirmarse que sólo sabían pintar Españoles; porque entonces hallaban los modelos en la propia casa y su gran talento les bastaba: los hechos, las costumbres, las personas, se hallan presentados en muchos de sus cuadros con suma verdad y vivos colores; personaje hay, como el rey Don Pedro, que tal vez está mejor retratado en las comedias que en la historia. Mas así que nuestros poetas querían andarse en correrías por regiones extrañas, o se atrevían a desenterrar argumentos clásicos de la antigüedad, al punto se advierte con pena el lado de que flaquean, y se temen tropiezos y caídas: italianos y tudescos, húngaros y franceses, todos se asemejan en nuestro antiguo teatro, descubriendo a las claras, cuando menos se piensa, modales y resabios de Castilla.

Cabalmente cuando se trata de argumentos históricos, la primera cualidad es la verdad de la imitación; pues aunque no se exija, y antes bien sea grave falta, reducirse a una copia servil, nunca debe perderse de vista la índole de semejantes composiciones. Ni por eso haya miedo que a la imaginación del poeta le falte en ellas campo para ostentar sus fuerzas; que en las obras del arte, aun cuando se propongan retratar a la naturaleza, siempre hay que corregir y hermohear; sólo es preciso cuidar grandemente de no soltar la rienda a la fantasía ni dejarla correr a ciegas. Apenas hay en la historia asunto importante y extraordinario que no encierre en sus propias entrañas un tesoro de poesía, que el genio del autor sabrá descubrir y mostrar: no hay trozo de mármol, decía un escritor ingenioso, que no encierre en su seno una hermosa estatua; sólo falta un artista que la saque a luz.

He recomendado con tanto ahínco la fidelidad histórica, que temo se dé a mis expresiones más extensión de la que en sí tienen: el poeta no es cronista; el fin que se proponen es distinto, diversos los instrumentos de que se valen, sus obras no deben parecerse. Un autor puede muy bien, en un drama histórico, presentar los hechos con más circunstancias y

pormenores de los que tal vez convendrían en una tragedia; pero no debe olvidar, so pena de amargo desengaño, que su obra no va a leerse descansadamente, al amor de la lumbre, para pasar las largas noches de invierno; sino que va a representarse en el teatro, en que todo aparece desmayado y frío, si no hay acción, movimiento, vida.

Por eso me parece necesario tratar ante todas cosas de conmover el corazón, presentando al vivo sentimientos naturales y lucha de pasiones; que ése es el mejor medio, si es que no el único, de embargar la atención, de excitar interés, y de ganar como por fuerza el ánimo de los espectadores. Así pudiera, hasta cierto punto, reunirse en esta clase de dramas la utilidad de la historia y el encanto de la tragedia: no será tal vez empresa fácil; pero ése debiera ser por lo menos el punto de mira.

En cuanto a las reglas de esta clase de composición, pueden aplicársele muchas, comunes a todas las obras dramáticas; pero conviene hacerlo con aquel tino y discernimiento que requiere su distinta índole y naturaleza. Habiéndose de representar un grave acontecimiento histórico, el arte del poeta consiste en elegir los hechos y circunstancias más notables, que puedan dar de él una cabal idea; en disponerlos de manera que cada uno esté en el lugar más oportuno, sin dañarse los unos a los otros, y antes bien prestándose recíproca ayuda; y en abarcar de tal suerte todos los materiales, que pueda reunirlos como en un haz, y atarlos con un fuerte nudo. Esta unidad es tan esencial en esta clase de composiciones como en todas las obras de bellas artes; el drama más nutrido de sucesos la consiente, o por mejor decir, la exige, así como se la admira en los inmensos cuadros de Julio Romano.

Para que los hechos estén colocados a su amor en un drama histórico, y puedan sucederse sin confusión ni desorden, tal vez no baste un estrecho recinto; y en este caso, poco reparo debe haber en mudar el lugar de la escena, antes que incurrir en tales faltas de verosimilitud, que perjudiquen a la ilusión dramática mucho más que una o dos mudanzas de decoración. En medio de la guerra encarnizada que mantienen en el día los dos campos literarios opuestos, creo que sobre este punto, así como sobre otros muchos, la verdad está en un justo medio. Muy menguado concepto tendrá de su arte el poeta que sacrifique una situación hermosísima, o que incurra en un absurdo manifiesto, por no mudar una que otra vez el lugar de la escena; pero el que haga peregrinar a sus personajes sin tino ni medida, corre riesgo de recordar frecuentemente a los espectadores lo que con tanto afán debe procurarse que olviden. Cada acto, como parte distinta y separada, puede muy bien suponerse acaecido en diverso lugar, sobre todo si no están entre sí muy distantes; y apenas habrá argumento dramático que exija más que esta anchura para desarrollarse cómoda y fácilmente.

Tampoco se debe regatear sobre el tiempo que se supone dura la acción: basta que lo que pasa a la vista de los espectadores pueda haber sucedido realmente en el mismo espacio, poco más o menos, y que lo restante del tiempo que ha tomado el poeta lo haya distribuido con tal sagacidad, especialmente entre los actos, que el espectador no se aperciba de ello o lo tolere de buen grado. La composición que excite vivo interés y que despliegue mil bellezas, segura puede estar de quedar vinculada en el teatro, aunque la acción dure algunos días, en vez del angustioso plazo de veinticuatro horas; pero mucho temería yo que se diese por ofendida la razón de los espectadores y que el interés se entibiase, si vieran

amontonarse hechos sobre hechos, correr la posta los personajes, y suponerse en breves horas que han pasado muchos años.

En cuanto al estilo y al lenguaje que requiere el drama histórico, meramente me atreveré a indicar que deben ser acomodados al argumento, a la condición de las personas, a su situación y demás circunstancias: en este punto muy poco o nada valen las reglas; se necesita el buen gusto, o por mejor decir, el instinto del genio.

En general el drama histórico no requiere quizá tanta elevación como la tragedia: admite con menos dificultad personas de condición más llana, desciende con gusto a pormenores más leves, se acerca más a la vida común; y el estilo debe irse plegando suavemente a tan varias formas, remontándose sin arrogancia, y abatiendo el vuelo sin rasar la tierra. Ya se deja entender, por razones opuestas, que la gravedad misma de los sucesos, la clase de personas que en ellos intervienen, y el calor que dan las pasiones al estilo y al lenguaje, exigen a su vez que éstos rayen más alto en el drama histórico que en la comedia.

Mucho más habría que decir sobre la materia, si me hubiera propuesto tratarla a fondo; pero mi ánimo sólo ha sido, y por eso cuidé de advertirlo con tiempo, reducirme a unos meros apuntes.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

